

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LX, número 5 (2.804)

Ciudad del Vaticano

3 de febrero de 2023

## Esperanza y reconciliación

### Testigos de una resurrección posible

ANDREA TORNIELLI

Desde su primer discurso en Kinshasa, el Papa Francisco había pedido al mundo que no cerrara los ojos, los oídos y la boca ante lo que está ocurriendo en la República Democrática del Congo y en toda África. En la tarde del segundo día del viaje, en el salón de la Nunciatura Apostólica, nos enfrentamos a una dramática revisión de la crueldad inhumana de los conflictos y la violencia que tienen lugar en el este de este país plagado de luchas étnicas y territoriales, conflictos que están ligados a la propiedad de la tierra, odios blasfemos de quienes matan en nombre de un falso dios. Un país asolado por la guerra "desatada por una insaciable codicia de materias primas y dinero".

Solo el silencio y las lágrimas pudieron acompañar las historias que se presentaron al Papa, como la del joven campesino Ladislav, que vio cómo hombres vestidos de soldados mataban y despedaban a su padre y secuestraban a su madre. Como la de Bijoux, que en 2020, a la edad de quince años, mientras iba a buscar agua al río, fue secuestrada por una banda de rebeldes y violada durante 19 meses por su comandante. Consiguió escapar estando embarazada y ahora se encontraba allí, frente al Sucesor de Pedro, junto a sus hijas gemelas. Como la de Emelda, que acabó como rehén en manos de los rebeldes una noche de viernes de 2005, con 16 años, y mantenida como esclava sexual durante tres meses: entre cinco y diez hombres abusaban de ella cada día. Se vio obligada, para no acabar ella misma hecha pedazos, a comer la carne de los hombres asesinados...

Solo silencio y lágrimas. Francisco quedó impresionado y conmovido. Repitió el nombre de Jesús, porque "con Él, el mal ya no tiene la última palabra sobre la vida; con Él, que ha hecho de un sepulcro -final del trayecto humano-, el inicio de una historia nueva, siempre se abren nuevas posibilidades. Con Él, cada tumba puede transformarse en una cuna, cada calvario en un jardín pascual. Con Jesús nace y renace la esperanza; para quien ha sufrido el mal e, incluso, para quien lo ha cometido".

Las víctimas, embarcadas en un viaje de perdón y reconciliación, colocaron algunos símbolos de su sufrimiento -un machete, una estera, clavos- bajo el gran crucifijo que había junto al Papa. Es difícil incluso imaginar la posibilidad del perdón, después de escuchar sus palabras y el océano de violencia, sufrimiento y humillación que sufrieron. Si ocurre, es por pura gracia. Solo un milagro puede permitirlo. Este milagro, posible para quienes viven de Aquel que hizo de la tumba el comienzo de una nueva historia, lo presentamos mientras el sol se ponía sobre Kinshasa.

*Viaje apostólico a la República Democrática del Congo 2-II*

ANDREA MONDA

En el marco festivo del estadio de los mártires, la mañana del 2 de febrero, el Papa habló dos veces de forma improvisada pidiendo dos cosas a la multitud de unos 65.000 jóvenes que abarrotaron las gradas: el canto y el silencio.

El canto lo pedía para subrayar que el cristiano nunca está solo, sino que vive la aventura de la fe como pueblo, dentro de una historia y junto a una comunidad: «Pertenece a una historia más grande, que te llama a ser protagonista». Y un pueblo canta, juntos.

El pueblo de jóvenes congoleños respondió grandiosamente, con un entusiasmo desbordante y conmovedor. Todos los presentes en ese momento pensaron:

### El canto y el silencio



"Aquí Dios está obrando, aquí el milagro es posible, el cambio no es una utopía sino que realmente puede suceder".

Y después del canto, el silencio. Un silencio orante, para pedir, dar y recibir perdón. El minuto de silencio solicitado por el Papa se cumplió, aunque con dificultad, no fue fácil de conseguir dado el entusiasmo desbordante, y todos pudieron perdonar las ofensas recibidas de los demás. «Perdonar», dijo el Papa, «saber empezar de nuevo».

Esta posibilidad de recomenzar es la sensación, concreto, palpable, que los participantes en este encuentro se llevaron a casa, como semilla y estímulo de un presente que no se cierra en el pasado, sino que se abre al futuro.

## El Papa Francisco durante su viaje apostólico a la República Democrática del Congo

La advertencia del Papa durante el encuentro con las autoridades, diplomáticos y representantes de la sociedad civil congoleña

# ¡Dejen de explotar y saquear África

En la tarde del martes 31 de enero, el avión en el que viajaba el Papa aterrizó en Kinsasa, donde tuvo lugar la acogida oficial de la República Democrática del Congo, primer etapa del 40º viaje internacional del pontificado. En automóvil, en medio de una multitud que vitoreaba, el Pontífice se dirigió después al Palais de la Nation en la capital, residencia del jefe de Estado, para una visita de cortesía al Presidente de la República, Félix Tshisekedi Tshilombo. De la Salle présidentielle, sede del encuentro privado entre ambos, se dirigieron luego al jardín del Palacio Presidencial, donde les esperaban mil personas en representación de las autoridades políticas y religiosas, del cuerpo diplomático, del mundo empresarial y cultural, y de la sociedad civil. En respuesta al saludo que le dirigió el presidente congoleño, Francisco pronunció su primer discurso público.

Señor Presidente de la República, ilustres Miembros del Gobierno y del Cuerpo diplomático, distinguidas Autoridades religiosas y civiles, insignes Representantes de la sociedad civil y del mundo de la cultura, señoras y señores:

Los saludo cordialmente, agradeciendo al Sr. Presidente las palabras que me ha dirigido. Me siento feliz de estar aquí, en esta tierra tan bella, grandiosa, exuberante, que abarca al norte la selva ecuatorial, al centro y hacia el sur altas mesetas y sabanas boscosas, al este colinas, montañas, volcanes y lagos, y al oeste grandes caudales, con el río Congo que confluye en el océano. En su país, que es como un continente dentro del gran continente africano, parece como si toda la tierra respirara. Pero aunque la geografía de este pulmón verde es muy rica y variada, la historia no ha sido igualmente generosa. La República Democrática del Congo, atormentada por la guerra, sigue sufriendo, dentro de sus fronteras, conflictos y migraciones forzosas, y continúa padeciendo terribles formas de explotación, indignas del hombre y de la creación. Este inmenso país lleno de vida, este diafragma de África, golpeado por la violencia como un puñetazo en el estómago, pareciera desde hace tiempo que está sin aliento. Señor Presidente, usted ha mencionado este genocidio olvidado que está sufriendo la República del Congo.

Y mientras ustedes, congoleños, luchan por salvaguardar su dignidad y la integridad territorial frente a los deplorables intentos de fragmentar el país, vengo a encontrarme con ustedes, en nombre de Jesús, como peregrino de reconciliación y de paz. Mucho he deseado estar aquí y por fin he venido para traerles la cercanía, el afecto y el consuelo de toda la Iglesia, y a aprender de vuestro ejemplo de paciencia, de valentía y de lucha.

Quisiera hablarles a través de una imagen que simboliza bien la belleza luminosa de esta tierra: la imagen del diamante. Queridos congoleños y congoleñas, su país real-

mente es un diamante de la creación; pero ustedes, todos ustedes, son infinitamente más valiosos que cualquier bien que pueda brotar de este suelo fértil. Estoy aquí para abrazarlos y recordarles que tienen un valor inestimable, que la Iglesia y el Papa confían en ustedes; que creen en vuestro futuro, en un futuro que está en vuestras manos y en el que merecen invertir los dones de inteligencia, sagacidad y laboriosidad que poseen. ¡Ánimo, hermano y hermana congoleños! Levántate, vuelve a tomar en tus manos, co-

Que se abra paso a una diplomacia del hombre para el hombre, de los pueblos para los pueblos, que no tenga como centro el control de las zonas y de los recursos, ni los objetivos de expansión y el aumento de los beneficios, sino las oportunidades de crecimiento de las personas

mo un diamante puro, lo que eres, tu dignidad, tu vocación de proteger en armonía y paz la casa que habitas. Revive el espíritu de tu himno nacional, soñando y poniendo en práctica sus palabras: "A través del duro trabajo, construiremos un país más bello que antes; en paz".

Queridos amigos, los diamantes, que por lo general son raros, aquí abundan. Si esto es cierto respecto a las riquezas materiales ocultas bajo la tierra, lo es mucho más en referencia a las riquezas espirituales contenidas en los corazones. Y es precisamente a partir de los corazones que la paz y el desarrollo siguen siendo posibles porque, con la ayuda de Dios, los seres humanos son capaces de justicia y perdón, de concordia y reconciliación, de compromiso y perseverancia en el aprovechamiento de los talentos que han recibido. Por eso, desde el principio de mi viaje, quisiera hacer un llamamiento: que cada congoleño se sienta llamado a desempeñar su propia tarea. Que la violencia y el odio no tengan ya cabida en

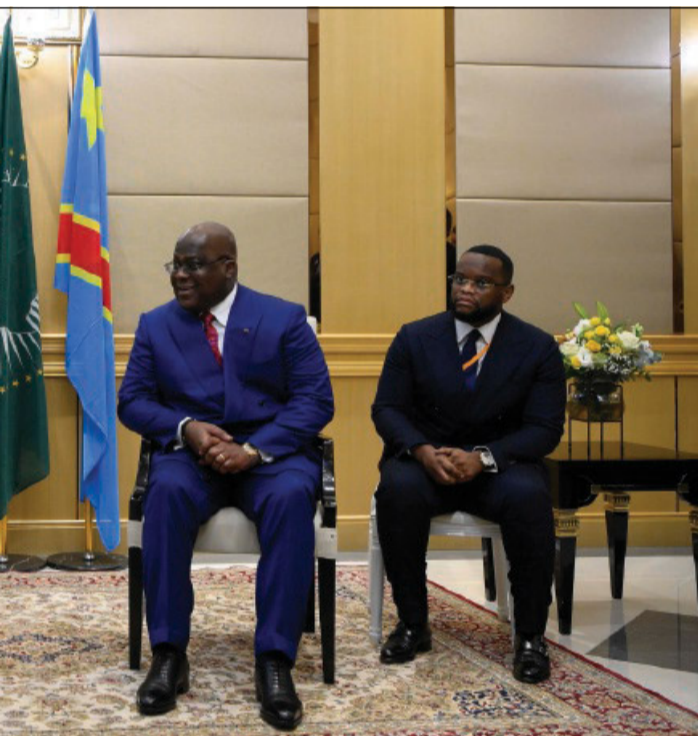
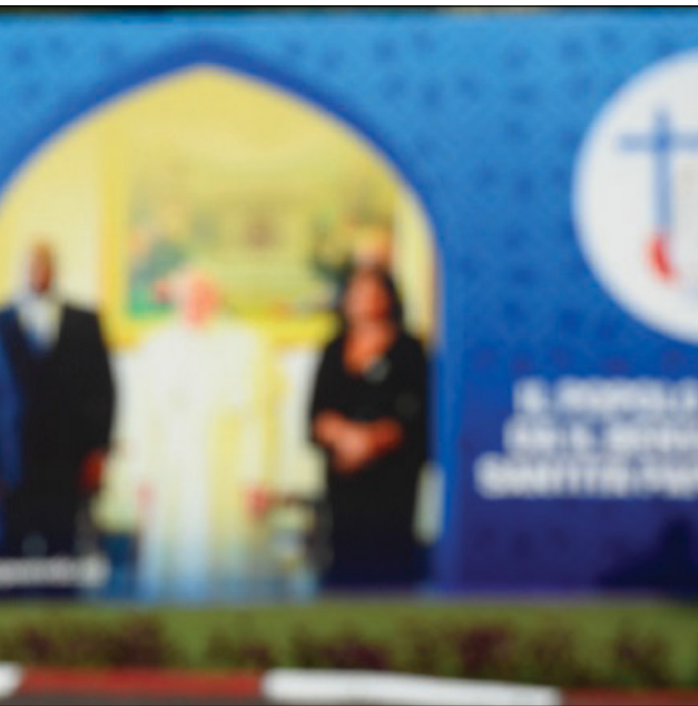
el corazón ni en los labios de nadie, porque son sentimientos antihumanos y anticristianos que paralizan el desarrollo y hacen retroceder, hacia un pasado oscuro.

Hablando del desarrollo paralizado y del regreso al pasado, es trágico que estos lugares, y más en general el continente africano, sigan sufriendo diversas formas de explotación. Hay una consigna que brota del inconsciente de tantas culturas y de mucha gente: "África va explotada", y esto es terrible. Tras el colonialismo político, se ha desatado un "colonialismo económico" igualmente esclavizador. Así, este país, abundantemente depredado, no es capaz de beneficiarse suficientemente de sus inmensos recursos: se ha llegado a la paradoja de que los frutos de su propia tierra lo conviertan en "extranjero" para sus habitantes. El veneno de la avaricia ha ensangrentado sus diamantes. Es un drama ante el cual el mundo económicamente más avanzado suele cerrar los ojos, los oídos y la boca. Sin embargo, este país y este continente merecen ser respetados y escuchados, merecen espacio y atención. No toquen la República Democrática del Congo, no toquen el África. Dejen de asfixiarla, porque África no es una mina que explotar ni una tierra que saquear. Que África sea protagonista de su propio destino. Que el mundo recuerde los desastres cometidos a lo largo de los siglos en detrimento de las poblaciones locales y no se olvide de este país y de este continente. Que África, la sonrisa y la esperanza del mundo, adquiera más importancia; que se hable más de ella, que tenga más peso y representación entre las naciones.

Que se abra paso a una diplomacia del hombre para el hombre, de los pueblos para los pueblos, que no tenga como centro el control de las zonas y de los recursos, ni los objetivos de expansión y el aumento de los beneficios, sino las oportunidades de crecimiento de las personas. Mirando a este pueblo, se tiene la impresión de que la comunidad internacional casi se haya resignado a la violencia que lo devora. No podemos acostumbrarnos a la sangre que corre en este país desde hace décadas, causando millones de muertos sin que muchos lo sepan. Que se conozca lo que está pasando aquí. Que los procesos de paz que están en marcha, los cuales aliento con todas mis fuerzas, se apoyen en hechos y que se mantengan los compromisos. Gracias a Dios no faltan quienes contribuyen al bien de la población local y a un desarrollo real a través de proyectos eficaces; y no de intervenciones de mero asistencialismo, sino de planes orientados al crecimiento integral. Expreso mi gratitud a



goleña  
ca!



los países y organizaciones que proporcionan una ayuda sustancial en este sentido, contribuyendo a combatir la pobreza y las enfermedades, defendiendo el estado de derecho y promoviendo el respeto de los derechos humanos. Manifiesto mi esperanza de que sigan desempeñando plenamente y con valentía este noble papel.

Volvamos a la imagen del diamante. Una vez tallado, su belleza también deriva de su forma, de sus numerosas caras dispuestas armoniosamente. También este país, adornado por su típico pluralismo, tiene un carácter polifacético. Es una riqueza que hay que cuidar, evitando caer en el tribalismo y la contraposición. Tomar partido obstinadamente por la propia etnia o por intereses particulares, alimentando espirales de odio y violencia, va en detrimento de todos, ya que bloquea la necesaria "química del conjunto". Hablando de química, es interesante ver que los diamantes están compuestos por simples átomos de carbono que, sin embargo, cuando se unen entre sí de modo diferente, conforman el grafito. En la práctica, la diferencia entre el brillo de un diamante y la opacidad del grafito viene dada por la forma en que cada átomo está dispuesto dentro del retículo cristalino. Dejando de lado la metáfora, el problema no está en la naturaleza de las personas o de los grupos étnicos y sociales, sino en la forma en que deciden estar juntos. La voluntad o no de ayudarse mutuamente, de reconciliarse y empezar de nuevo marca la diferencia entre la oscuridad del conflicto y un futuro brillante de paz y prosperidad.

Queridos amigos, nuestro Padre del cielo quiere que sepamos acogernos como hermanos y hermanas de una misma familia y que trabajemos por un futuro que sea junto con los demás, no contra los demás. «Bintu bantu»: así, con mucha eficacia, uno de vuestros proverbios nos recuerda que la verdadera riqueza son las personas y las buenas relaciones con ellas. De manera especial, las religiones, con su patrimonio de sabiduría, están llamadas a contribuir a ello, en su esfuerzo cotidiano por renunciar a toda agresión, proselitismo y coacción, que son medios indignos de la libertad humana. Cuando se degenera al imponerse, persiguiendo adeptos indiscriminadamente, mediante el engaño o la fuerza, se saquea la conciencia de los demás y se da la espalda al Dios verdadero, porque no lo olvidemos «donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Co 3,17) y donde no hay libertad, el Espíritu del Señor no está. En el compromiso por construir un futuro de paz y fraternidad, los miembros de la sociedad civil, algunos de los cuales están presentes, también desempeñan un papel esencial. A menudo han demostrado que saben oponerse a la injusticia y a la degradación aun a costa de grandes sacrificios, para defender los derechos humanos, la necesidad de una educación sólida para todos y una vida más digna para cada uno. Agradezco sinceramente a las mujeres y a los hombres de este país, en particular a los jóvenes, que han sufrido en mayor o menor medida por este motivo, y les rindo homenaje. El diamante, en su transparencia, refracta maravillosamente la luz que recibe. Muchos de ustedes brillan

por el papel que desempeñan. Por ello, quienes ostentan responsabilidades cívicas y de gobierno están llamados a actuar con transparencia, ejerciendo el cargo recibido como un medio para servir a la sociedad. De hecho, el poder sólo tiene sentido cuando se convierte en servicio. Qué importante es actuar con este espíritu, huyendo del autoritarismo, del afán de ganancias fáciles y de la avaricia del dinero, que el apóstol Pablo llama «la raíz de todos los males» (1 Tm 6,10). Y, al mismo tiempo, favorecer la celebración de elecciones libres, transparentes, creíbles; ampliar aún más la participación en los procesos de paz a las mujeres, los jóvenes y los diversos grupos, los grupos margi-

las con responsabilidad y perseverancia. Sin embargo, muchos niños no van a la escuela; ¡cuántos, en lugar de recibir una educación digna, son explotados! Demasiados niños mueren, sometidos a un trabajo esclavizador en las minas. Que no se escatimen esfuerzos en denunciar la lacra del trabajo infantil y acabar con ella. ¡Cuántas muchachas son marginadas y vulneradas en su dignidad! Los niños, las niñas, los jóvenes son la esperanza del presente, son la esperanza, ¡no dejemos que sea suprimida, sino cultivémosla con pasión!

El diamante, regalo de la tierra, nos llama al cuidado de la creación, a la protección del medio ambiente. Situada en el corazón de

Muchos han pedido el compromiso de África y han ofrecido ayuda para combatir el cambio climático y el coronavirus. Sin duda, son oportunidades que hay que aprovechar, pero lo que se necesita sobre todo son modelos sanitarios y sociales que respondan no sólo a las urgencias del momento, sino que contribuyan a un efectivo crecimiento social: hay necesidad de estructuras sólidas y personal honesto y competente, para superar los graves problemas, como el hambre y la enfermedad, que cortan de raíz el desarrollo

nados; buscar el bien común y la seguridad de la gente por encima de los intereses personales o de grupo; reforzar la presencia del Estado en todo el territorio; hacerse cargo de las numerosas personas desplazadas y refugiadas. No debemos dejarnos manipular ni comprar por quienes quieren mantener al país en la violencia, para explotarlo y hacer negocios vergonzosos; esto sólo trae descrédito y vergüenza, junto con muerte y miseria. En cambio, es bueno acercarse a la gente para darse cuenta de cómo vive. Las personas tienen confianza cuando sienten que quien las gobierna está realmente cercano, no por cálculo ni ostentación, sino por servicio.

En la sociedad, a menudo, son las tinieblas de la injusticia y la corrupción las que oscurecen la luz del bien. Hace siglos, san Agustín, que nació en este continente, ya se preguntaba: «Si de los gobiernos quitamos la justicia, ¿en qué se convierten sino en bandas de ladrones a gran escala?» (*De civitate Dei*, IV, 4). Dios está de parte de los que tienen hambre y sed de justicia (cf. Mt 5,6). Es importante no cansarse de promover la ley y la equidad en todos los ámbitos, oponiéndose a la impunidad y a la manipulación de las leyes y de la información.

Un diamante que se extrae de la tierra es genuino, pero está en bruto, necesita ser trabajado. Así también los diamantes más valiosos de la tierra congoleña, que son los hijos de esta nación, deben poder contar con oportunidades educativas sólidas, que les permitan aprovechar al máximo los brillantes talentos que poseen. La educación es fundamental, es la vía hacia el futuro, el camino que hay que tomar para alcanzar la plena libertad de este país y del continente africano. Es urgente invertir en ella para preparar sociedades que sólo se consolidarán si están bien instruidas, que serán autónomas sólo si son plenamente conscientes de sus potencialidades y capaces de desarrollar-

África, la República Democrática del Congo alberga uno de los pulmones verdes más grandes del mundo, que debe preservarse. Como en el caso de la paz y el desarrollo, en este campo también es importante una colaboración amplia y fructífera que permita una intervención eficaz, sin imponer modelos externos que sean más útiles para los que ayudan que para los que son ayudados. Muchos han pedido el compromiso de África y han ofrecido ayuda para combatir el cambio climático y el coronavirus. Sin duda, son oportunidades que hay que aprovechar, pero lo que se necesita sobre todo son modelos sanitarios y sociales que respondan no sólo a las urgencias del momento, sino que contribuyan a un efectivo crecimiento social: hay necesidad de estructuras sólidas y personal honesto y competente, para superar los graves problemas, como el hambre y la enfermedad, que cortan de raíz el desarrollo.

Para finalizar, sabemos que el diamante es el mineral de origen natural con mayor dureza; su resistencia a los agentes químicos es muy alta. La repetición continua de ataques violentos y las muchas situaciones difíciles podrían debilitar la resistencia de los congoleños, socavar su fortaleza, llevarlos al desánimo y a replegarse en la resignación. Pero en nombre de Cristo, que es el Dios de la esperanza, el Dios de todas las posibilidades que siempre da la fuerza para volver a empezar, en nombre de la dignidad y del valor de los diamantes más preciosos de esta tierra, que son sus ciudadanos, quisiera invitarlos a todos a un reinicio social valiente e inclusivo. Lo exige la historia luminosa, aunque herida, del país; lo suplican, sobre todo, los jóvenes y los niños. Estoy con ustedes y acompaño con mi oración y cercanía todos los esfuerzos por un futuro pacífico, armonioso y próspero de este gran país.

Que Dios bendiga a toda la nación congoleña.

## El Papa Francisco durante su viaje apostólico a la República Democrática del Congo



Más de un millón de personas participaron la mañana del miércoles 1 de febrero, en la celebración eucarística según el Misal romano para las diócesis del Zaire, presidida por el Papa Francisco en el aeropuerto de N'dolo. En el segundo día del viaje en República Democrática del Congo el Pontífice llegó en automóvil desde la nunciatura apostólica de Kinsasa donde había pasado la noche. A bordo del papamóvil junto con el cardenal arzobispo capuchino Fridolin Ambongo Besungu, el Obispo de Roma realizó un recorrido entre la multitud de fieles. Llevando los paramentos celebró la misa en francés y en lingala "por la paz y la justicia".

Bandeko, boboto [Hermanos y hermanas, paz] R/Bondoko [Fraternidad]

Bondoko [Fraternidad] R/ Esengo [Alegría] Esengo, alegría: la alegría de verlos y encontrarlos es grande; he anhelado mucho este momento —¡nos ha hecho esperar un año!—, ¡gracias por estar aquí!

El Evangelio acaba de decirnos que también la alegría de los discípulos era grande la noche de Pascua, y que esta alegría surgió «cuando vieron al Señor» (Jn 20,20). En ese clima de alegría y asombro, el Resucitado habla a los suyos. ¿Y qué les dice? Ante todo, estas palabras: «¡La paz esté con ustedes!» (v. 19). Es un saludo, pero es más que un saludo: es un envío. Porque la paz, esa paz anunciada por los ángeles en la noche de Belén (cf. Lc 2,14), esa paz que Jesús prometió dejar a los suyos (cf. Jn 14,27), ahora, por primera vez, es entregada solemnemente a los discípulos. La paz de Jesús, que también se nos entrega en cada Misa, es pascual; llega con la resurrección, porque antes el Señor tenía que vencer a nuestros enemigos, el pecado y la muerte, y reconciliar al mundo con el Padre; tenía que experimentar nuestra soledad y nuestro abandono, nuestros infiernos, abrazar y salvar las distancias que nos separaban de la vida y de la esperanza. Ahora, terminadas las distancias entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, la paz de Jesús se da a los discípulos.

Pongámonos, pues, en su lugar. Aquel día estaban completamente aturridos por el escándalo de la cruz, heridos interiormente por haber abandonado a Jesús, escapando; decepcionados por el desenlace de su historia, temerosos de acabar como él. En ellos había sentimientos de culpa, frustración, tristeza, miedo. Sin embargo, Jesús anuncia la paz mientras el corazón de los discípulos está lleno de escombros; anuncia la vida mientras ellos sienten dentro la muerte. En otras palabras, la paz de Jesús llega en el momento en que todo parecía haber terminado para ellos, en el momento más imprevisible e inesperado, cuando no había atisbos de paz. Así actúa el Señor: nos asombra, nos tiende la mano cuando estamos a punto de hundirnos, nos levanta cuando tocamos fondo. Hermanos, hermanas, con Jesús el mal nunca prevalece, nunca tiene la última palabra. «Porque Cristo es nuestra paz» (Ef 2,14) y su paz triunfa siempre. Por eso, los que pertenecemos a Jesús no podemos dejar que prevalezca en nosotros la tristeza, no podemos permitir que crez-

ca la resignación y el fatalismo. Si a nuestro alrededor se respira este clima, que no sea así para nosotros. En un mundo abatido por la violencia y la guerra, los cristianos hacen como Jesús. Él, casi insistiendo, repitió a los discípulos: ¡La paz, la paz esté con ustedes! (cf. Jn 20,19,21); y nosotros estamos llamados a hacer nuestro y proclamar al mundo este anuncio profético e inesperado del Señor, anuncio de la paz.

Pero, podemos preguntarnos, ¿cómo conservar y cultivar la paz de Jesús? Él mismo nos señala tres fuentes de paz, tres manantiales para seguir alimentándola. Son el perdón, la comunidad y la misión.

Veamos la primera fuente: el perdón. Jesús dice a los suyos: «Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen» (v. 23). Pero antes de dar a los apóstoles el poder de perdonar, los perdona; no con palabras, sino con un gesto, el primero que el Resucitado realiza ante ellos. Dice el Evangelio que Él, «les mostró sus manos y su costado» (v. 20). Es decir, les muestra las llagas, se las ofrece, porque el perdón nace de las heridas. Nace cuando las heridas sufridas no dejan cicatrices de odio, sino que se convierten en un lugar para hacer sitio a los demás y acoger sus debilidades. Entonces las fragilidades se convierten en oportunidades y el perdón en el camino hacia la paz. No se trata de dejarlo todo atrás como si nada hubiera sucedido, sino de abrir a los demás con amor el corazón. Esto es lo que hace Jesús. Ante la miseria de quien lo negó y abandonó, muestra las heridas y abre la fuente de la misericordia. No usa muchas palabras, sino que abre de par en par su corazón herido, para decirnos que Él está siempre herido de amor por nosotros.

Hermanos, hermanas, cuando la culpa y la tristeza nos oprimen, cuando las cosas no van bien, sabemos dónde mirar: a las llagas de Jesús, dispuesto a perdonarnos con su amor herido e infinito. Él conoce tus heridas, conoce las heridas de tu país, de tu gente, de tu tierra. Son heridas que queman, continuamente infectadas por el odio y la violencia, mientras que la medicina de la justicia y el bálsamo de la esperanza parecen no llegar nunca. Hermano, hermana, Jesús sufre contigo, ve las heridas que llevas dentro y desea consolarte y sanarte, ofreciéndote su Corazón herido. Dios repite a tu corazón las palabras que pronunció hoy por medio del profeta Isaías: «Lo sanaré, lo guiaré y lo colmaré de consuelos» (Is 57,18).

Juntos, hoy creemos que con Jesús siempre tenemos la posibilidad de ser perdonados y volver a empezar, y también la fuerza para perdonarnos a nosotros mismos, a los demás y a la historia. Esto es lo que Cristo desea: ungiéndonos con su perdón para darnos la paz y el valor de poder también nosotros perdonar; el valor de realizar una gran amnistía del corazón. ¡Cuánto bien nos hace limpiar nuestros corazones de la ira, de los remordimientos, de todo resentimiento y envidia! Queridos amigos y amigas, ¡que hoy sea el momento de gracia para acoger

La homilía de la misa celebrada en el aeropuerto

## Una amnistía del corazón conciencia de paz en e

y experimentar el perdón de Jesús! Que sea el momento adecuado para ti, que llevas una pesada carga en el corazón y necesitas que te la quiten para poder volver a respirar. Que sea el momento oportuno para ti, que en este país te dices cristiano, pero cometes actos de violencia; a ti el Señor te dice: "Deja las armas, abraza la misericordia". Y a todos los lastimados y oprimidos de este pueblo les dice: "No teman poner sus heridas en las mías, sus llagas en mis llagas". Hagámoslo, hermanos y hermanas. No tengan miedo de quitarse el Crucifijo del cuello y de los bolsillos, de tomarlo entre las manos y llevarlo junto al corazón para compartir sus llagas con las de Jesús. Cuando regresen a casa, tomen el

Jesús, que sopla sobre ellos y les dice: «Reciban el Espíritu Santo» (Jn 20,22). Gracias al Espíritu Santo, ya no mirarán lo que les separa, sino lo que los une; ya no irán por el mundo para sí mismos, sino para los demás; no para ganar visibilidad, sino para dar esperanza; no para obtener aprobación, sino para gastar su vida con alegría por el Señor y por los demás.

Hermanos, hermanas, el peligro que tenemos es seguir el espíritu del mundo en lugar del espíritu de Cristo. ¿Y cuál es el camino para no caer en las trampas del poder y del dinero, para no ceder a las divisiones, a las seducciones del carrerismo que co-

troen a la comunidad; a las falsas ilusiones del plan. Démosle a Cristo la oportunidad de sanar nuestros corazones; pongamos en Él el pasado, todos los miedos y ansiedades. ¡Qué hermoso es abrir las puertas del corazón y del hogar a su paz! ¿Y si escribieran en sus habitaciones, en sus ropas, fuera de sus casas, esas palabras: La paz esté con ustedes? Muéstrenlas, serán una profecía para el país, serán la bendición del Señor sobre aquellos que encuentren. La paz esté con ustedes, dejémonos perdonar por Dios y perdonémos unos a otros.

Veamos ahora la segunda fuente de paz: la comunidad. Jesús resucitado no se dirige a los discípulos individualmente, sino que se reúne con ellos; les habla en plural, y a la primera comunidad le entrega su paz. No hay cristianismo sin comunidad, como no hay paz sin fraternidad. Pero, como comunidad, ¿hacia dónde hemos de caminar, hacia dónde hemos de ir para encontrar la paz? Volvamos a mirar a los discípulos. Antes de la Pascua, seguían a Jesús, pero pensaban de forma demasiado humana: esperaban un Mesías conquistador que expulsara a sus enemigos, que hiciera prodigios y milagros, que aumentara su prestigio y su éxito. Pero estos deseos mundanos los dejaron con las manos vacías; es más, le quitaron paz a la comunidad, suscitando discusiones y oposición (cf. Lc 9,46; 22,24). Para nosotros también existe este riesgo; estar juntos, pero caminar por cuenta propia, buscando en la sociedad, y también en la Iglesia, el poder, la carrera, las ambiciones. Sin embargo, de ese modo, en vez de seguir al Dios verdadero, seguimos al propio yo, y terminamos como aquellos discípulos: encerrados en casa, vacíos de esperanza y llenos de miedo y decepción. Pero he aquí que en la Pascua encuentran el camino de la paz gracias a



cer y de la brujería que llevan a encerrarse en sí mismos? El Señor nos lo sugiere de nuevo a través del profeta Isaías, diciendo «estoy con el contrito y humillado, para reavivar los espíritus humillados, para reavivar los corazones contritos» (Is 57,15). El camino es compartir con los pobres. Este es el mejor antídoto contra la tentación de dividirnos y mundanizarnos. Tener el valor de mirar a los pobres y escucharlos, porque son miembros de nuestra comunidad y no extraños a los que hay que eliminar de la vista y de la conciencia. Abrir el corazón a los demás, en lugar de concentrarlo en los propios problemas o vanidades personales. Recomencemos desde los pobres y descubriremos que todos compartimos la pobreza interior; que todos necesitamos el Espíritu de Dios para liberarnos del espíritu del mundo; que la humildad es la grandeza del cristiano y la fraternidad su verdadera riqueza. Creamos en la comunidad y, con la ayuda de Dios,



de N'dolo

# En para ser El mundo

construyamos una Iglesia vacía de espíritu mundano y llena del Espíritu Santo, libre de riquezas para sí misma y llena de amor fraterno.

Llegamos, en fin, a la tercera fuente de paz: la misión. Jesús dice a los discípulos: «Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes» (Jn 20,21). Nos envía como el Padre lo ha enviado a El. ¿Y cómo lo envió el Padre al mundo? Lo envió a servir y a dar su vida por la humanidad (cf. Mc 10,45), a manifestar su misericordia por cada uno (cf. Lc 15), a buscar a los que están lejos (cf. Mt 9,13). En una palabra, lo envió para todos; no sólo para los justos, sino para todos. En este sentido, resuenan todavía las palabras de Isaías: «¡Paz al que está

lejos, paz al que está cerca! [...]», dice el Señor» (Is 57,19). A los que están lejos, en primer lugar, y a los que están cerca; no sólo a los «nuestros», sino a todos.

Hermanos, hermanas, estamos llamados a ser misioneros de paz, y esto nos dará paz. Es una decisión; es hacer sitio en nuestros corazones para todos, es creer que las diferencias étnicas, regionales, sociales, religiosas y culturales vienen después y no son obstáculos; que los demás son hermanos y hermanas, miembros de la misma comunidad humana; que cada uno es destinatario de la paz que Jesús ha traído al mundo. Es creer que los cristianos estamos llamados a colaborar con todos, a romper el ciclo de la violencia, a dismantelar las tramas del odio. Sí, los cristianos, enviados por Cristo, están llamados, por definición, a

ser conciencia de paz en el mundo; no sólo conciencias críticas, sino sobre todo testigos del amor; no pretendientes de sus propios derechos, sino de los del Evangelio, que son la fraternidad, el amor y el perdón; no buscadores de sus propios intereses, sino misioneros del amor apasionado que Dios tiene por cada ser humano.

La paz esté con ustedes, dice Jesús hoy a cada familia, comunidad, grupo étnico, barrio y ciudad de este gran país. La paz esté con ustedes. Dejemos que estas palabras de nuestro Señor resuenen, en silencio, en nuestros corazones. Escuchémoslas dirigidas a nosotros y decidámonos ser testigos de paz en el mundo.

*Moto azali na matoi ma koyoka* [El que tenga oídos para oír] R/*Ayoka* [Que oiga]

*Moto azali na motema mwa kondima* [El que tenga corazón para aceptar] R/*Andima* [Que acepte]



## El rito zaireño para la fiesta de la fe



SILVINA PÉREZ

La del 1 de febrero en Kinsasa no fue la primera misa celebrada por el Papa con el rito zaireño. Ya sucedió el 1 de diciembre de 2019, con motivo del vigésimo quinto aniversario de la capellanía católica congoleña en Roma. En realidad, el rito zaireño no es un rito propiamente dicho. Es una adaptación del rito romano para las diócesis de la República Democrática del Congo, aprobado por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos el 30 de abril de 1988, cuando el país aún se llamaba Zaire. El objetivo era incorporar la liturgia romana a la cultura africana, ya que los obispos se dieron cuenta de que los fieles no se sentían lo suficientemente involucrados. Por ello, se introdujeron elementos más acordes con los sentimientos africanos, también con el objetivo de favorecer una mayor participación de la comunidad. Es fruto de un largo proceso de inculturación de la liturgia, que se inició con los pontificados de Pablo VI y Juan Pablo II hasta llegar al Papa Francisco, que aprecia mucho la singularidad y el valor agregado de este rito.

Las principales diferencias con el rito romano ordinario se pueden notar al comienzo de la misa y en la liturgia de la Palabra. Tras la presentación de las ofrendas, no existen diferencias sustanciales. Uno de los momentos más evocadores es el canto del Gloria, que puede durar incluso más de un cuarto de hora: toda la comunidad, incluido el sacerdote, canta y baila. La Iglesia del Congo, en general, nunca celebra la Eucaristía sin bailar, porque, como se afirma en el videomensaje de bienvenida de la comunidad congoleña al Papa, «la Eucaristía es la fiesta de la fe». Por eso es muy común que los participantes también bailen alrededor del altar, con el incensario.

Antes del Evangelio se reza el Credo. «Cuando uno cree», y lo expresa con esta oración, prosigue el vídeo de la comunidad congoleña, «puede continuar el diálogo con el Señor» a través de la lectura de su Palabra. Sólo entonces el sacerdote se acerca al púlpito, de nuevo bailando y acompañado de lanceros y otras dos personas que llevan las velas. Generalmente, en Congo el Evangelio se recita en lingala, uno de los cuatro idiomas en los que se celebra el rito zaireño, además de kikongo, swahili y tshiluba. Después de la homilía, «ya que el Señor me ha

hablado y yo le he abierto el corazón y quiero convertirme, es hora de pedir perdón», concluye el vídeo.

La necesidad de las Iglesias centroafricanas de utilizar música de origen local en la liturgia comenzó a sentirse con mayor intensidad a partir de la década de los '50.

Fue entonces cuando se compusieron misas enteras utilizando instrumentos, lenguas y esquemas rítmicos y melódicos del lugar. Este repertorio también obtuvo reconocimiento oficial con el gran éxito de la Misa Luba, compuesta en 1958 por el franciscano belga Guido Haazen. A su vez, en 1959, el sacerdote católico Stephen B. G. Mbunga compuso una misa Baba Yetu y en 1963 publicó su tesis doctoral *Church Law and Bantu Music: Ecclesiastical Documents and Law on Sacred Music as Applied to Bantu Music*, en la que avalaba y animaba el uso de música de origen africano en la liturgia católica, así como definir algunas directivas que los compositores africanos deben seguir para crear música adecuada.

Estas iniciativas formaban parte de un movimiento general de renovación de la liturgia en África y se desarrollaban en un clima de descolonización.

Esos primeros intentos experimentales de usar esquemas rítmicos y melódicos locales dentro de la liturgia encontraron el reconocimiento oficial de la Iglesia en 1963

con *Sacrosanctum Concilium*, una de las cuatro constituciones conciliares emitidas por el Concilio Vaticano II. Adoptada con 2158 votos a favor y sólo 19 en contra, fue promulgada solemnemente por el Papa Pablo VI el 4 de diciembre del mismo año.

Entre los fervientes defensores de esta apertura se encontraba el primer cardenal africano de la historia, nombrado por el Papa Juan XXIII en 1960: el tanzano Laurean Rugambwa. Durante los trabajos del concilio expresó sus opiniones sobre las nuevas perspectivas de la música sacra, destacando la importancia de componer música de origen africano y proponiendo la creación de comisiones litúrgicas integradas por expertos de cada área, con la misión de aprobar o no el uso de ciertas composiciones.

En este sentido, el caso del rito zaireño puede ser un paso más hacia nuevos caminos y procesos de discernimiento litúrgico en los que las distintas especificidades de cada comunidad, dentro de una cultura, con lenguajes y símbolos propios, puedan ser consideradas sin alterar la naturaleza del Misal Romano, que garantiza la continuidad con la tradición antigua y universal de la Iglesia. En la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, el Papa habla precisamente de la oportunidad de llegar a las diferentes culturas con su lengua.

Y exhorta a superar la rigidez que «excluye y aleja», para llegar a «una sensibilidad pastoral que acompaña e integra», porque «el cristianismo no tiene un único modelo cultural». Según el Papa Francisco, gracias a ese misal «la Conferencia Episcopal del Congo ha forjado una personalidad propia queriendo rezar a Dios, no por delegación o con palabras tomadas de otros, sino asumiendo toda la especificidad espiritual y sociocultural del pueblo congoleño, con sus transformaciones», como escribe en el prólogo del libro *El Papa Francisco y el Misal Romano para las Diócesis de Zaire*, editado por la editorial Vaticana y editado por sor Rita Mboshu Kongo, de las Hijas de María Santísima Santa Corredentora. «La liturgia debe tocar el corazón de los miembros de la Iglesia local», añade el Pontífice en su escrito, y sin duda la comunidad local se entusiasmará.



## El Papa Francisco durante su viaje apostólico a la República Democrática del Congo

El fuerte llamamiento durante el encuentro con

# ¡Basta de enriquecerse con recursos

Fue sin duda uno de los momentos más conmovedores del viaje del Papa a África el encuentro con las víctimas de la violencia en el este de la República Democrática del Congo, que tuvo lugar en la tarde del 1 de febrero, en el salón de la nunciatura apostólica de Kinsasa. Después de haber escuchado algunos testimonios y antes de asumir el compromiso de perdonar por parte de los presentes, el Pontífice pronunció el discurso que publicamos a continuación.

Queridos hermanos y hermanas:

Gracias. Gracias por la valentía de estos testimonios. Ante la violencia inhumana que han visto con sus ojos y experimentado en su propia carne, nos quedamos impresionados. Sólo cabe llorar, permaneciendo en silencio. Bunia, Beni-Butembo, Goma, Masisi, Rutshuru, Bukavu, Uvira, lugares que los medios de comunicación internacionales no mencionan casi nunca; aquí y en otros sitios, muchos de nuestros hermanos y hermanas, hijos de la misma humanidad, son tomados como rehenes por la arbitrariedad del más fuerte, por el que posee las armas más potentes, armas que siguen circulando. Mi corazón está hoy en el oriente de este inmenso país, que no tendrá paz hasta que la paz no haya llegado allí, a la zona oriental. Queridos habitantes del este, quiero decirles que estoy cerca de ustedes. Sus lágrimas son mis lágrimas, su dolor es mi dolor. A cada familia en luto o desplazada a causa de poblaciones incendiadas y otros crímenes de guerra, a los sobrevivientes de agresiones sexuales, a cada niño y adulto herido, les digo: estoy con ustedes, quisiera traerles la caricia de Dios. Su

mirada tierna y compasiva se posa sobre ustedes. Mientras los violentos los tratan como objetos, el Padre que está en los cielos mira su dignidad y le dice a cada uno: «Tú eres de gran precio a mis ojos, porque eres valioso, y yo te amo» (Is 43,4). Hermanos y hermanas, la Iglesia está y estará siempre de vuestra parte. Dios los ama, no se ha olvidado de ustedes, ¡pero que también los hombres se acuerden de ustedes!

En su nombre, junto a las víctimas y a quienes se comprometen por la paz, la justicia y la fraternidad, condeno la violencia armada, las masacres, los abusos, la destrucción y la ocupación de las aldeas, el saqueo de campos y ganado, que se siguen perpetrando en la República Democrática del Congo. Y también la explotación sangrienta e ilegal de la riqueza de este país, así como los intentos por fragmentarlo para poderlo controlar. Causa vergüenza e indigna saber que la inseguridad, la violencia y la guerra que golpean trágicamente a tanta gente, son alimentadas no sólo por fuerzas externas, sino también internas, por intereses y para obtener ventajas. Me dirijo al Padre que está en los cielos, que quiere que todos en la tierra seamos hermanos y hermanas. Inclino la cabeza humildemente y, con dolor en el corazón, le pido perdón por la violencia del hombre contra el hombre. Padre, ten piedad de nosotros. Consuela a las víctimas y a los que sufren. Convierte los corazones de los que cometen crueles atrocidades, que deshonran a toda la humanidad. Y abre los ojos de aquellos que los cierran o miran para otro lado ante estas



abominaciones.

Se trata de conflictos que obligan a millones de personas a dejar sus casas, que provocan gravísimas violaciones de los derechos humanos, que desintegran el tejido socio-económico, que causan heridas difíciles de sanar. Son luchas en las que se entrecruzan dinámicas étnicas, territoriales y de grupos; conflictos que tienen que ver con la propiedad de la tierra; con la ausencia o la debilidad de las instituciones; con odios en los que se introduce la blasfemia de la violencia en nombre de un dios falso. Pero, sobre todo, es la guerra desatada por una insaciable avidez de materias primas y de

dinero, que alimenta una economía armada, la cual exige inestabilidad y corrupción. Qué escándalo y qué hipocresía: la gente es agredida y asesinada, mientras los negocios que causan violencia y muerte siguen prosperando. Dirijo un vehemente llamado a todas las personas, a todas las entidades, internas y externas, que manejan los hilos de la guerra en la República Democrática del Congo, depredándola, flagelándola y desestabilizándola. Ustedes se están enriqueciendo por medio de la explotación ilegal de los bienes de este país y el sacrificio cruento de víctimas inocentes. Escuchen el grito de su sangre (cf. Gn 4,10), presten



Entrevista con Zakia Seddiki, viuda de Luca Attanasio, el embajador italiano en la República Democrática del Congo asesinado en un

## Historia de un embajador

SILVINA PÉREZ

Era el 22 de febrero de 2021 cuando el embajador italiano Luca Attanasio perdió la vida en una trágica emboscada en la carretera entre Goma y Rutshuru, al este de la República Democrática del Congo. Tenía 42 años y era uno de los embajadores italianos más jóvenes del mundo. Attanasio no era sólo un hombre de paz, sino también un hombre de fe, cuyo testimonio comenzó en el oratorio de Limbiate y continuó en los encuentros de Taizé. Una persona decente, un soñador que miraba el mundo como si fuera un hermoso jardín, humilde y sensible: así lo describe su esposa Zakia Seddiki, fundadora y presidenta de "Mamá Sofia", una institución que pretende mejorar la vida de las mujeres y los niños con dificultades de la República Democrática del Congo con proyectos en los ámbitos de la salud, la educación y el acceso al agua. También se convirtió en una Fundación en Italia", cuenta a "L'Osservatore Romano" en esta entrevista, "en el aniversario del bárbaro atentado, como un mensaje de renacimiento para defender el valor de la paz en memoria de Luca, hombre y diplomático". La desaparición de Attanasio, como la del escolta carabiniere Vittorio Iacovacci y el conductor congoleño Mustapha Milambo, nos recuerda que hay una Italia que trabaja en África y para África, lejos de los focos de la actualidad y a menudo olvidada por la política y la información.

Han pasado casi dos años desde que Luca fue asesinado. ¿Qué recuerdos tiene de la República Democrática del Congo?

A pesar de todo, fue una buena experiencia para nosotros, tanto personal como profesionalmente. Viviendo en el campo, tuvimos la oportunidad de entablar relación con muchas personas y compartir con ellas momentos felices, y también dolorosos. Evidentemente, lo sucedido cambió nuestras vidas, pero el pueblo congoleño, que no tiene la culpa, permanecerá siempre en mi corazón y trabajaré aún más para estar cerca de los más débiles. Como Luca hubiera querido.

¿Qué significó para Luca ser embajador en un país con una historia tan turbulenta? ¿Cómo experimentó este servicio?

Vivía este servicio como una oportunidad de crecimiento humano y profesional, también porque era la primera vez que ejercía de embajador y, por tanto, sentía una gran responsabilidad. Estaba lleno de entusiasmo y motivación. Y debo decir que lo que también le ayudó mucho fue haber experimentado esa realidad estando con su familia.

Fue todo un reto, porque hacía un par de años que no había embajador en el país, así que Luca tuvo que trabajar mucho, sobre todo para devolver la seguridad a los italianos que vivían allí. Llegó con espíritu positivo, aun conociendo las complejidades del país, donde el sufrimiento es rampante.

en las víctimas de la violencia en el este del país

# os y dinero manchado de sangre!



atención a la voz de Dios, que los llama a la conversión y escuchan la voz de su conciencia: hagan callar las armas, pongan fin a la guerra. ¡Basta! ¡Basta de enriquecerse a costa de los más débiles, basta de enriquecerse con recursos y dinero manchado de sangre!

Queridos hermanos y hermanas, y nosotros, ¿qué podemos hacer? ¿Por dónde comenzar? ¿Cómo actuar para promover la paz? Quisiera humildemente proponerles comenzar de nuevo con dos "no" y dos "sí".

En primer lugar, no a la violencia, siempre y en cualquier caso, sin condiciones y sin "peros". ¡No a la violencia! Amar a la propia gente

no significa alimentar el odio hacia los demás. Al contrario, querer al propio país supone negarse a ceder ante los que incitan al uso de la fuerza. Es un engaño trágico: el odio y la violencia nunca son aceptables, nunca son justificables, nunca son tolerables, con mayor razón para los cristianos. El odio sólo genera más odio y la violencia, más violencia. Un "no" claro y fuerte también debe decirse a quienes propagan en nombre de Dios esta violencia, este odio. Queridos congoleños, no se dejen seducir por personas o grupos que incitan a la violencia en su nombre. Dios es Dios de la paz y no de la guerra. Predicar el odio es una blasfemia,

y el odio siempre corroe el corazón del hombre. El que vive de la violencia, en efecto, nunca vive bien; piensa que salva su vida y, en cambio, es devorado por un torbellino de mal que, llevándolo a combatir a los hermanos y a las hermanas con los que ha crecido y vivido durante años, lo mata por dentro.

Pero para decir verdaderamente "no" a la violencia no es suficiente evitar actos violentos; es necesario extirpar las raíces de la violencia. Pienso en la codicia, en la envidia y, sobre todo, en el rencor. Mientras me inclino con respeto ante el sufrimiento que tantos han padecido, quisiera pedirles a todos que se comporten como nos han sugerido ustedes, testigos valerosos, que tienen la fuerza de desarmar el corazón. Lo pido a todos en nombre de Jesús, que perdonó a quienes le traspasaron las manos y los pies con los clavos, sujetándolo a una cruz; les ruego que desarmen el corazón. Eso no quiere decir dejar de indignarse frente al mal y no denunciarlo, ¡esto es un deber! Tampoco significa impunidad y condonación de las atrocidades, siguiendo adelante como si nada pasara. Lo que se nos pide, en nombre de la paz, en nombre del Dios de la paz, es desmilitarizar el corazón, quitarle el veneno, rechazar el odio, aplacar la avaricia, eliminar el resentimiento. Decir "no" a todo eso pareciera que nos hace débiles, pero en realidad nos hace libres, porque nos da paz. Sí, la paz nace de los corazones, de corazones libres de rencor.

También hay que decir un segundo "no": no a la resignación. La paz requiere combatir el desaliento, el malestar y la desconfianza, que llevan a creer que es mejor recelar de todos, vivir separados y distantes, en vez de darse la mano y caminar juntos. Nuevamente, en nombre de Dios, reitero la invitación para que cuantos viven en la República Democrática del Congo no bajen los brazos, sino que se esfuerzen por construir un mundo mejor. Un futuro de paz no caerá del cielo, pero será posible si se destierra de los corazones el fatalismo resignado y el miedo de involucrarse con los demás. Un futuro diferente llegará, si es para todos y no para algunos, si es en favor de todos y no contra algunos. Un futuro nuevo llegará, si el otro, sea tutsi o hutu, ya no es más un adversario o un enemigo, sino un hermano y una hermana en cuyo corazón es necesario creer que existe, aun escondido, el mismo deseo de paz. ¡También en el este la paz es posible! ¡Creémoslo! Trabajemos por ello, sin delegar el cambio.

El futuro no se puede construir quedándose encerrados en los propios intereses particulares, replegados en los propios grupos, etnias y clanes. Un dicho suajili enseña: «jirani ni ndugu» [el vecino es un hermano]; por tanto, hermano, hermana, todos tus vecinos son tus hermanos, sean burundeses, ugandeses o ruandeses. Somos todos hermanos, porque somos hijos del mismo Padre; así nos enseña la fe cristiana, que profesa gran parte de la población. Entonces, elevemos la mirada al cielo y no permanezcamos prisioneros del temor. El mal que cada uno ha sufrido necesita ser transformado en bien para todos; que el desánimo que paraliza ceda el paso a un ardor renovado, a una lucha indómita por la paz, a valientes propósitos de fraternidad, a la belleza de gritar juntos nunca más: nunca más violencia, nunca más rencor, nunca más resignación.

Y he aquí finalmente los dos "sí" para la paz. Ante todo, sí a la reconciliación. Amigos, es maravilloso lo que están por hacer. Quieren comprometerse y perdonarse mutuamente, y repudiar las guerras y los conflictos para resolver las distancias y las diferencias. Y quieren hacerlo orando juntos, dentro de unos momentos, unidos alrededor del árbol de la cruz, bajo el cual, con gran valentía, desean deponer los signos de la violencia que han visto y sufrido: uniformes, machetes, martillos, hachas, cuchillos. También la cruz era un instrumento de dolor y de muerte, el más terrible en los tiempos de Jesús, pero, atravesado por su amor, se convirtió en instrumento universal de reconciliación, en árbol de vida.

Quisiera decirles: sean también ustedes árboles de vida. Hagan como los árboles, que absor-

ben contaminación y devuelven oxígeno. O, como dice un proverbio: "En la vida haz como la palmera: recibe piedras, entrega dátiles". Esta es la profecía cristiana: responder al mal con el bien, al odio con el amor, a la división con la reconciliación. La fe lleva consigo una nueva idea de justicia, que no se conforma con castigar y renunciar a la venganza, sino que quiere reconciliar, desactivar nuevos conflictos, extinguir el odio, perdonar. Y todo esto es más poderoso que el mal. ¿Saben por qué? Porque transforma la realidad desde dentro en vez de destruirla desde fuera. Sólo así se derrota el mal, precisamente como hizo Jesús en el árbol de la cruz, tomándolo sobre sí y transformándolo con su amor. De ese modo, el dolor se convirtió en esperanza. Amigos, sólo el perdón abre las puertas al mañana, porque abre las puertas a una justicia nueva que, sin olvidar, rompe el círculo vicioso de la venganza. Reconciliarse significa generar el mañana, creer en el futuro en vez de quedarse anclados en el pasado, apostar por la paz en lugar de resignarse a la guerra, huir de la prisión de las propias razones para abrirse a los demás y disfrutar juntos la libertad.

Finalmente, el último "sí", decisivo: sí a la esperanza. Si se representase la reconciliación como un árbol, como una palmera que da frutos, la esperanza sería el agua que la hace fecunda. Esta esperanza tiene una fuente y esta fuente tiene un nombre, que quiero proclamar aquí con ustedes: ¡Jesús! Jesús: con Él, el mal ya no tiene la última palabra sobre la vida; con Él, que ha hecho de un sepulcro —final del trayecto humano—, el inicio de una historia nueva, siempre se abren nuevas posibilidades. Con Él, cada tumba puede transformarse en una cuna, cada calvario en un jardín pascual. Con Jesús nace y renace la esperanza; para quien ha sufrido el mal e, incluso, para quien lo ha cometido. Hermanos y hermanas del oriente del país, esta esperanza es para ustedes, tienen derecho a ella. Pero también es un derecho que debe ser conquistado. ¿Cómo? Sembrándola cada día, con paciencia. Vuelvo a la imagen de la palmera. Un refrán dice: «Cuando comes el coco, ves la palmera, pero el que la plantó volvió a la tierra hace mucho tiempo». En otras palabras, para conquistar los frutos esperados es necesario trabajar con el mismo espíritu de los que plantan palmeras, pensando en las generaciones futuras y no en los resultados inmediatos. Sembrar el bien hace bien, libera de la lógica estrecha del beneficio personal y regala a cada día su razón; aporta a la vida el aliento de la gratitud y nos asemeja a Dios, sembrador paciente que esparce esperanza sin cansarse nunca.

Hoy agradezco y bendigo a todos los sembradores de paz que trabajan en el país; a las personas y a las instituciones que se prodigan en la ayuda y la lucha por las víctimas de la violencia, la explotación y los desastres naturales; a las mujeres y los hombres que están aquí animados por el deseo de promover la dignidad de la gente. Algunos perdieron la vida mientras servían a la paz, como el embajador Luca Attanasio, el guardia Vittorio Iacovacci y el conductor Mustapha Milambo, asesinados hace dos años en el este del país. Eran sembradores de esperanza y su sacrificio no se perderá. Hermanos, hermanas, hijos e hijas de Ituri, de Kivu del Norte y del Sur, estoy con ustedes, los abrazo y los bendigo a todos. Bendigo a cada niño, adulto, anciano, a cada persona herida por la violencia en la República Democrática del Congo, en particular a cada mujer y a cada madre. Y rezo para que la mujer, toda mujer, sea respetada, protegida, valorada. Agredir a una mujer y a una madre es hacerse lo a Dios mismo, que tomó de una mujer la condición humana, de una madre. Que Jesús, nuestro hermano, Dios de la reconciliación que plantó el árbol de la vida de la cruz en el corazón de las tinieblas del pecado y del sufrimiento, Jesús, Dios de la esperanza que cree en ustedes, en su país y en su futuro, bendiga a todos ustedes y los consuele; que derrame la paz en sus corazones, en sus familias y en toda la República Democrática del Congo. Gracias.

diplomático  
n atentado en 2021

## r de paz

En la biografía oficial "Luca Attanasio, storia di un ambasciatore di pace", del periodista Fabio Marchese Ragona, con quien usted colaboró, dice que su marido "era el embajador cuyo número de teléfono tenía todo el mundo". ¿Cuál era su mejor cualidad?

Sabía escuchar bien a la gente y también tenía la fuerza de unirlos. Luca siempre encontraba la manera de unir a la gente, hacía síntesis y siempre conseguía cosas buenas. Además, era alegre e, incluso en situaciones difíciles, conseguía afrontarlas positivamente, llevando a cabo su delicada tarea sin dejar de ser siempre él mismo. Utilizó bien su trabajo de diplomático para ser útil a los demás.

¿En qué medida influyeron en la formación de Luca la asistencia al oratorio, la parroquia y su vivencia de la fe?

En mi opinión influyeron mucho, porque esas enseñanzas le acompañaron incluso de adulto y las puso en práctica. Luca siempre se mantuvo en contacto con su párroco y con las personas que frecuentaban con él el oratorio y la iglesia de Limbiate. Luego, en la República Democrática del Congo, se encontró hablando y escuchando a menudo a los misioneros italianos repartidos por el país que, con pocos medios, hacen grandes cosas. También aquí los escuchaba con



gran atención e intentaba comprender cuáles eran sus necesidades.

¿Qué país encontrará el Papa Francisco?

Encontrará un pueblo que tanto necesita su mensaje de esperanza y paz. Encontrará mucho entusiasmo y gran expectación por parte de todos. Seguramente encontrará ojos de personas que sufren, ojos que ya no tienen lágrimas por lo que están viviendo. Encontrará un pueblo al que no dejará solo, que necesita esta mano segura que le acompañe hacia el futuro, porque está viviendo una guerra entre guerras olvidadas. Y estoy segura de que rezando junto a estas personas, el Papa les dará esperanza y quizás incluso cambie los corazones de muchos para que vuelvan a vivir en paz. ¡Feliz misión!

## El Papa Francisco durante su viaje apostólico a la República Democrática del Congo

Encuentro del Pontífice con los representantes de algunas obras de caridad y asist

# La pobreza no deriva de la ausencia de bienes sino de s

*Después de reunirse con las víctimas de violencia en el este de la República Democrática del Congo, también en la sede de la representación pontificia de Kinsasa, el miércoles por la tarde el Papa recibió a los representantes de algunas obras de caridad y asistenciales activas en el país. Después de la presentación de las mismas por parte de los respectivos portavoces, Francisco les dirigió el siguiente discurso.*

Queridos hermanos y hermanas:

Los saludo con afecto y les agradezco los cantos, los testimonios y las cosas que me han contado; pero, sobre todo, gracias por todo lo que hacen. En este país, donde hay tanta violencia, que rebumba como el estruendo ensordecedor de un árbol que es derribado, ustedes son el bosque que crece todos los días en silencio y hace que la calidad del aire mejore, que se pueda respirar. Es verdad, hace más ruido el árbol que cae, pero Dios ama y cultiva la generosidad que germina en el silencio, dando fruto; y posa su mirada, con alegría, en quien se pone al servicio de los necesitados. Así crece el bien, en la sencillez de manos y corazones abiertos a los demás; en la valentía de los pasos pequeños que se dan para acercarse a los más débiles en el nombre de Jesús. Es muy cierto aquel proverbio que citó Cecilia: "Mil pasos comienzan siempre por el primero".

Me sorprendió una cosa, y es que no me refirieron simplemente los problemas sociales ni enumeraron muchos datos sobre la pobreza, sino que sobre todo hablaron de los pobres con cariño. Hablaron de ustedes y de personas que no conocían antes, y que ahora son para ustedes familiares, con nom-

bres y rostros. Gracias por esta mirada que sabe reconocer a Jesús en sus hermanos más pequeños. Hay que buscar y amar al Señor en los pobres y, como cristianos, tenemos que estar atentos si nos alejamos de ellos, porque hay algo que no está bien cuando un creyente mantiene a distancia a los predilectos de Cristo.

Hoy, mientras tantos los descartan, ustedes los abrazan; mientras que el mundo los explota, ustedes los promueven. La promoción contra la explotación, este es el bosque que crece mientras que la deforestación del descarte hace estragos violentamente. Yo quisiera darle voz a lo que ustedes hacen, favorecer el crecimiento y la esperanza en la República Democrática del Congo y en este continente. He venido aquí animado por el deseo de dar voz a quien no la tiene. Cuánto quisiera que los medios de comunicación social dieran más espacio a este país y a toda África; que se conozcan los pueblos, las culturas, los sufrimientos y las esperanzas de este joven continente del futuro. Se descubrirán inmensos talentos e historias de verdadera grandeza humana y cristiana; historias nacidas en un clima auténtico, que conoce bien el respeto por los más pequeños, por los ancianos y por la creación.

Es bueno darles voz aquí en la Nunciatura, porque las Representaciones Pontificias, las "casas del Papa" diseminadas por el mundo, son y deben ser amplificadores de promoción humana, centros de caridad, en primera línea en la diplomacia de la misericordia, favoreciendo ayudas concretas y promoviendo redes de cooperación. Esto ya se ha-

ce, discretamente, en tantas partes del mundo, y aquí desde hace mucho tiempo. Esta casa es una presencia cercana desde hace décadas. Inaugurada hace noventa años como Delegación Apostólica, está por celebrar, dentro de pocos días, el sexagésimo aniversario de haber sido elevada a Nunciatura.

Hermanos y hermanas que aman este país y se dedican a su gente, todo lo que hacen es maravilloso, aunque no es para nada sencillo. Dan ganas de llorar al escuchar historias como las que me han contado, sobre personas que sufren por la indiferencia generalizada que las entregó a una vida errante, que las llevó a vivir en las calles, exponiéndose al riesgo de violencia física y de abusos sexuales, y también a ser acusadas de brujería, cuando sólo necesitan amor y cuidados. Me conmovió lo que me dijiste tú, Tekadio, que a causa de la lepra te sientes aún hoy, en el 2023, "discriminado, observado con desprecio y humillado", mientras que la gente, con una mezcla de vergüenza, de incompreensión y de miedo, se apura a limpiar incluso ahí por donde pasó simplemente tu sombra. La pobreza y el rechazo ofenden al hombre, desfiguran su dignidad; son como ceniza que apaga el fuego que se lleva por dentro. Sí, cada persona, en cuanto creada a imagen de Dios, resplandece con un fuego luminoso, pero sólo el amor quita la ceniza que lo cubre. Sólo devolviendo la dignidad se restituye la humanidad. Me ha entristecido escuchar que también aquí, como en muchas partes del mundo, niños y ancianos son descartados. Además de escandaloso, esto es nocivo para la socie-

dad entera, que se construye precisamente a partir del cuidado de los ancianos y de los niños, de las raíces y del futuro. Recordemos que un desarrollo verdaderamente humano no puede estar privado de memoria y de futuro. La memoria, llevada por los ancianos; el futuro, llevado por los jóvenes.

Hermanos, hermanas, hoy quisiera compartir con ustedes y, por medio de ustedes, con los numerosos operadores de bien en este gran país, dos preguntas. En primer lugar, ¿vale la pena? ¿Vale la pena comprometerse frente a un océano de necesidades en constante y dramático aumento? ¿No sería trabajar en vano, además de ser muchas veces desalentador? Nos ayuda lo que dijo sor María Celeste: "A pesar de nuestra pequeñez, el Señor crucificado desea tenernos a su lado para sostener el drama del mundo". Es verdad, la caridad sintoniza con Dios y Él nos sorprende con prodigios inesperados que se realizan por medio de quien ama. Sus historias son ricas de acontecimientos impresionantes, conocidos por el corazón de Dios e imposibles para las solas fuerzas humanas. Pienso en lo que nos contaste tú, Pierre, al decir que en el desierto de la impotencia y de la indiferencia, en el mar del dolor, junto con tus amigos, descubriste que Dios no los había olvidado, porque les envió personas que no se dieron la vuelta cruzando la calle donde estaban. Así, en sus rostros ustedes descubrieron el de Jesús y ahora quieren hacer lo mismo por los demás. El bien es así, es difusivo, no se deja paralizar por la resignación ni por las estadísticas, sino que invita a donar a los demás cuanto se ha recibido gratuitamente. Recibo y doy. Se nece-



*Decenas de miles de jóvenes y catequistas de la República Democrática del Congo participaron la mañana del jueves 2 de febrero, en el festivo encuentro con el Papa Francisco en el «Estadio de los mártires de Pentecostés» en Lingaala, Kinsasa. En el tercer día del viaje en África en Pontífice, después de haber celebrado la misa en privado en la nunciatura apostólica, llegó en coche al lugar del encuentro. Al subir al papamóvil dio una gran vuelta entre la multitud de los presentes. Finalmente subió al escenario, donde escuchó el saludo que le dirigió el obispo Timothée Bodika Mansiyai, presidente de la Comisión para los laicos en el seno de la Conferencia episcopal del Congo (Cenco), y dos testimonios. A continuación publicamos el texto del discurso entregado por el Papa en tal encuentro.*

Gracias por el cariño, por la danza y por sus palabras. Estoy feliz de haberlos mirado a los ojos, de haberlos saludado y bendecido mientras festejaban levantando sus manos al cielo.

Ahora quisiera pedirles, por unos instantes, no me miren a mí, sino miren sus manos. Abran las palmas de las manos, mírenlas atentamente. Amigos, Dios ha puesto en sus manos el don de la vida, el futuro de la sociedad y de este gran país. Hermano, hermana, ¿tus manos te parecen pequeñas y débiles, vacías e inadecuadas para tareas tan grandes? Quisiera llamar tu atención sobre un detalle: todas las manos son similares, pero ninguna es igual a la otra; nadie tiene unas manos iguales a las tuyas, por eso eres un tesoro único, irrepetible e incomparable. Nadie en la historia puede sustituirte. Pregúntate entonces, ¿para qué sirven mis manos?, ¿para construir o para destruir, para dar o para acaparar, para amar o para odiar? Ves, puedes apretar la mano y cerrarla, y se vuelve un puño; o puedes abrirla y ponerla a disposición de Dios y de los demás. Esta es la decisión fundamental, desde tiempos antiguos, desde Abel, que ofreció con generosidad los frutos de su trabajo, mientras Caín «se abalanzó sobre su hermano y lo mató» (Gn 4,8).

Joven que sueñas con un futuro distinto, de tus manos nace el mañana, de tus manos puede llegar la paz que falta en este país. Pero, concretamente, ¿qué es lo que hay que hacer? Quisiera sugerirles algunos "ingredientes para el futuro", cinco, que pueden asociar a los dedos de la mano.

Al pulgar, el dedo más cercano al corazón, corresponde la oración, que hace latir la vida. Puede parecer una realidad abstracta, lejana de los problemas tangibles. Sin embargo, la oración es el primer ingrediente, el más esencial, porque nosotros solos no somos capaces. No somos omnipotentes y, cuando alguien cree que así, fracasa miserablemente. Es como un árbol arrancado que, aunque sea grande y robusto, no se mantiene en pie por sí mismo. Por eso, es necesario enraizarse en la oración, en la escucha de la Palabra de Dios, que nos permite crecer cada día en profundidad, dar fruto y transformar la contaminación que respiramos en oxígeno vital. Para conseguirlo, cada árbol necesita un elemento simple y esencial, el agua. Y es así, la oración es "el agua del alma", es humilde, no se ve, pero da vida. Quien reza, madura interiormente y sabe levantar la mirada hacia lo alto, acordándose que fue hecho para el cielo.

Hermano, hermana, es necesaria la oración, una oración viva. No te dirijas a Jesús como a un ser lejano y distante al que hay que tenerle miedo, sino como al mejor de los amigos, que dio la vida por ti. Él te conoce, cree en ti y te ama, siempre. Mirándolo clavado en la cruz para salvarte, comprendes cuánto vales para Él. Y puedes confiarle tus propias cruces, tus temores, tus afanes, arrojándolas sobre su cruz. Los abrazará. Lo hizo ya hace dos mil años y aquella cruz, que hoy soportas, era ya parte de la suya. No tengas miedo de tomar entre las manos el crucifijo y apretarlo contra tu pecho, derramando tus lágrimas sobre Jesús. Y no te olvides mirar su rostro, el rostro de un Dios joven, vivo,

resucitado. Sí, Jesús ha vencido el mal, hizo de la cruz un puente hacia la resurrección. Entonces, levanta cada día las manos hacia Él para alabarlo y bendecirlo; grítale las esperanzas de tu corazón, confíale los secretos más íntimos de la vida: la persona que amas, las heridas que llevas dentro, los sueños que tienes en el corazón. Cuéntale acerca de tu barrio, de tus vecinos, de tus maestros y compañeros, de tus amigos y coetáneos; cuéntale de tu país. Dios ama esta oración viva, concreta, hecha con el corazón. Le permite intervenir, entrar en los pliegues de la vida de un modo especial, llegar con su "fuerza de paz", que tiene un nombre. ¿Sabes cuál es? El Espíritu Santo, aquel que consuela y da la vida. Él es el motor de la paz, es la verdadera fuerza de la paz. Por eso la oración es el arma más potente que existe. Te transmite el consuelo y la esperanza de Dios. Te abre siempre nuevas posibilidades y te ayuda a vencer los miedos. Sí, quien reza supera el miedo y se hace cargo de su propio futuro. ¿Creen esto? ¿Quiéren elegir la oración como su secreto; como el agua del alma; como la única arma que llevarán con ustedes; como compañera de viaje cada día?

Miremos ahora el segundo dedo, el índice. Con este indicamos algo a los demás. Los otros, la comunidad, este es el segundo ingrediente. Amigos, no dejen que su juventud se estropee por la soledad y el aislamiento. Piénsense siempre juntos y serán felices, porque la comunidad es el camino para estar bien consigo mismo, para ser fieles a la propia llamada. Las decisiones individualistas, en cambio, al principio parecen atrayentes, pero después sólo dejan un gran vacío interior. Piensen en la droga; te esconde de los demás, de la verdadera vida, para hacerte sentir omnipotente, pero al final te encuentran despojado de todo. Piensen también en la dependencia del ocultismo y de la brujería, que te atrapan en las garras del miedo, de la venganza y de la rabia. No se dejen encantar por esos falsos paraísos egoístas, construidos en base a la apariencia, los beneficios fáciles o unas religiosidades desviadas.

Y cuidense de la tentación de señalar a alguien con el dedo, de excluir a otro porque tenga un origen distinto al de ustedes, del regionalismo, del tribalismo, que parecen fortalecerlos en su grupo y, en cambio, representan la negación de la comunidad. ¿Sabes cómo sucede esto? Primero se cree en los

Francisco encomienda a los jóvenes el mañana de t

## Quien perdona

prejuicios sobre los demás, después se justifica el odio y, por tanto, la violencia, y al final nos encontramos en medio de la guerra. Pero —me pregunto— ¿has hablado alguna vez con las personas de los otros grupos o has estado siempre encerrado en el tuyo? ¿Has escuchado alguna vez las historias de los otros? ¿Te has acercado a sus sufrimientos? Ciertamente, es más fácil condenar a alguien que entenderlo; pero el camino que Dios nos indica para construir un mundo mejor pasa por el otro, por el conjunto, por la comunidad. Es hacer Iglesia, ampliar horizontes, ver en cada uno el propio prójimo, hacerse cargo del otro. ¿Ves alguien solo, sufriendo, olvidado? Acércate. No para hacerle ver lo bueno que eres, sino para darle tu sonrisa y ofrecerle tu amistad.

David, dijiste que los jóvenes quieren justamente estar conectados con los demás, pero que las redes sociales a veces los confunden. Es verdad, la virtualidad no basta. No podemos conformarnos con el mero interactuar con personas lejanas e incluso falsas. La vida no se escoge tocando la pantalla con el dedo. Es triste ver jóvenes que están horas frente a un teléfono. Después de que contemplaran tanto tiempo la pantalla, los miras a la cara y ves que no sonríen, la mirada está cansada y aburrida. Nada ni nadie puede sustituir la fuerza del grupo, la luz de los ojos, la alegría de compartir. Hablar, escucharse es esencial; mientras que en la pantalla cada uno busca sólo lo que le interesa, ustedes descubran cada día la belleza de dejarse sorprender por los demás, por sus historias y sus experiencias.

Intentemos ahora hacer una prueba de lo que significa formar comunidad. Por unos instantes, por favor, tomen la mano del que está a su lado. Siéntanse una única Iglesia, un único Pueblo. Siente que tu bien depende del bien del otro, que es multiplicado por la comunidad. Siéntete custodiado por el hermano y por la hermana, por alguien que te acepta tal como eres y que quiere cuidar de ti. Y siéntete responsable de los demás, parte viva de una gran red de fraternidad donde nos sostenemos mutuamente y en la que tú eres indispensable. Sí, eres indispensable y responsable para tu Iglesia y tu país; perteneces a una historia más grande, que te llama a ser protagonista, creador de comunión, defensor de fraternidad, indómito soñador de un mundo más unido.

En esta aventura no están solos, toda la Iglesia, es-



encia

## su distribución no equitativa

sita que principalmente los jóvenes vean esto: nosotros que superan la indiferencia mirando a las personas a los ojos; manos que no empuñan armas ni manipulan dinero, sino que se extienden hacia quien está en el suelo y lo levantan a su dignidad, a la dignidad de hija e hijo de Dios. Sólo en un caso es lícito mirar a una persona desde arriba hacia abajo: para ayudarla a levantarse. De otra manera, no se puede mirar nunca a una persona desde arriba hacia abajo.

Por tanto, vale la pena, y es un buen signo que las autoridades, por medio de los recientes acuerdos con la Conferencia Episcopal, hayan reconocido y valorado la obra de quienes se comprometen en el campo social y caritativo. Ciertamente, eso no significa que se pueda delegar sistemáticamente al voluntariado el cuidado de los más frágiles, ni el esfuerzo en la asistencia sanitaria y en la educación. Son tareas prioritarias de quien gobierna, con la atención puesta en garantizar los servicios básicos también a la población que vive lejos de los grandes núcleos urbanos. Al mismo tiempo, los creyentes en Cristo nunca deben mancillar el testimonio de la caridad, que es testimonio de Dios, buscando privilegios, prestigio, visibilidad o poder. Esto es una cosa fea, que no se debe hacer nunca. No, los medios, los recursos y los buenos resultados son para los pobres, y quien se ocupa de ellos siempre está llamado a recordar que el poder es servicio y que la caridad no lleva a dormirse en los laureles, sino que requiere urgencia y concreción. En este sentido, entre las muchas cosas por hacer, quisiera subrayar un reto que compete a

todos y en gran medida a este país. Lo que causa la pobreza no es tanto la ausencia de bienes o de oportunidades, sino su distribución no equitativa. El que pertenece a una clase acomodada, en particular si es cristiano, está llamado a compartir lo que posee con quien está privado de lo necesario, más aún si pertenece al mismo pueblo. No se trata de una cuestión de bondad, sino de justicia. No es filantropía, es fe. Porque, como dice la Escritura, «la fe sin obras está muerta» (St 2,26).

Un segundo interrogante, justamente sobre el deber y sobre la urgencia del bien, es ¿cómo realizarlo? ¿Cómo hacer caridad, qué criterios seguir? A este respecto, quisiera ofrecerles tres ideas sencillas. Son aspectos que las instituciones caritativas aquí operantes ya conocen, pero hace bien recordarlos, para que el servicio a Jesús en los pobres sea un testimonio cada vez más fecundo. Antes que nada, la caridad requiere ejemplaridad. De hecho, no es sólo una cosa que se hace, sino que es expresión de aquello que se es. Se trata de un estilo de vida, de vivir el Evangelio. Por tanto, se necesita credibilidad y transparencia. Pienso en la gestión financiera y administrativa de los proyectos, pero también en el compromiso por ofrecer servicios adecuados y cualificados. Justamente este es el espíritu que caracteriza tantas obras eclesiales de las que este país se ve beneficiado y que han marcado su historia. ¡Que siempre haya ejemplaridad!

En segundo lugar, la amplitud de miras, es decir, el saber mirar hacia adelante. Es fundamental que las iniciativas y las obras de bien, además de que



respondan a las exigencias inmediatas, sean sostenibles y duraderas; no simplemente asistencialistas, sino realizadas sobre la base de lo que realmente se puede hacer y con una perspectiva a largo plazo, para que perduren en el tiempo y no terminen con quien las comenzó. En este país, por ejemplo, hay un suelo increíblemente fértil, una tierra extremadamente fértil. La generosidad de quien ayuda no puede dejar de abrazar esta característica, para favorecer el desarrollo interno de quienes habitan esta tierra, para enseñarles a cultivarla, dando vida a proyectos de desarrollo que pongan el futuro en sus manos. Más que distribuir bienes, lo cual será siempre necesario, es mejor transmitir conocimientos y herramientas que hagan el desarrollo autónomo y sostenible. A este respecto, pienso también en el gran aporte que ha ofrecido la asistencia sanitaria católica, que, en este país, como en muchos otros del mundo, da alivio y esperanza a la población, saliendo al encuentro de los que sufren, con gratuidad y con seriedad, buscando siempre —tal como debe ser— socorrer con instrumentos modernos y adecuados.

Ejemplaridad, amplitud de miras y, finalmente, el tercer elemento: conexión. Hermanos y hermanas, es necesario crear una red, no sólo virtualmente, sino concretamente, tal como sucede en este país en la sinfonía de vida del gran bosque y de su variada vegetación. Crear una red, es decir, trabajar cada vez más juntos, estar en constante sinergia entre ustedes, en comunión con las Iglesias locales y con el territorio. Trabajar en red, cada uno, con su propio carisma, pero juntos, relacionados, compartiendo los asuntos urgentes, las prioridades, las necesidades, sin cerrazones ni autorreferencialidad, prontos para apoyar a otras comunidades cristianas y a otras religiones, así como a muchos organismos humanitarios presentes. Todo por el bien de los pobres. Crear una red con todos.

Queridos hermanos y hermanas, les dejo estos puntos y les agradezco lo que han depositado el día de hoy en mi corazón. Sí, muchas gracias porque me han conmovido el corazón. Ustedes valen mucho. Los bendigo y les pido, por favor, que sigan rezando por mí, porque lo necesito. Gracias.

un país sediento de reconciliación en el encuentro del Estado de los mártires

## la construye el futuro

parcida por el mundo, los apoya. ¿Es un desafío difícil? Sí, pero es posible. Tienen también amigos que desde las tribunas del cielo los alientan hacia estas metas. ¿Saben quiénes son? Los santos. Pienso por ejemplo en el beato Isidoro Bakanja, en la beata María Clementina Anuarite, en san Kisito y sus compañeros, testigos de la fe, mártires que no cedieron a la lógica de la violencia, sino que confesaron con la vida la fuerza del amor y del perdón. Sus nombres, escritos en el cielo, permanecerán en la historia, mientras que la cerrazón y la violencia se vuelven siempre en contra de quienes las comenten. Sé que muchas veces han demostrado que saben levantarse para defender, incluso a costa de grandes sacrificios, los derechos humanos y la esperanza en una vida mejor para todos en el país. Les agradezco por esto y honro la memoria de cuantos —tantos— han perdido la vida o la salud en favor de estas nobles causas. Y los animo a que sigan adelante juntos, sin miedo, como comunidad. Oración, comunidad, llegamos al dedo central, que se eleva por encima de los otros casi para recordarnos algo imprescindible. Es el ingrediente fundamental para un futuro que esté a la altura de sus expectativas. Es la honestidad. Ser cristianos es testimoniar a Cristo. Por tanto, el primer modo para hacerlo es vivir rectamente, como Él quiere. Eso significa no dejarnos enredar en los lazos de la corrupción. El cristiano no puede más que ser honesto, de lo contrario traiciona su identidad. Sin honestidad no somos discípulos ni testigos de Jesús; somos paganos, idólatras que adoran su propio yo en vez de adorar a Dios, que usan a los demás en lugar de servirlos.

Pero —me pregunto— ¿cómo vencer el cáncer de la corrupción, que parece difundirse sin parar? Nos ayuda san Pablo, con una frase sencilla y genial, que pueden repetir hasta aprenderla de memoria. Es esta: «No te dejes vencer por el mal. Por el contrario, vence al mal, haciendo el bien» (Rm 12,21). No te dejes vencer por el mal, no se dejen manipular por los individuos o los grupos que buscan usarlos para mantener nuestro país en la espiral de la violencia y la inestabilidad, para poder así seguir controlándolo sin tener consideración por nadie. Por el contrario, vence al mal, haciendo el bien, sean ustedes los que transformen la sociedad, los que conviertan el mal en bien, el odio en amor, la guerra en paz. ¿Quiéren serlo? Si lo quieren, es po-

sible. ¿Saben por qué? Porque cada uno de ustedes tiene un tesoro que nadie puede robarles. Es vuestra capacidad de decidir. Sí, tú eres las decisiones que tomas y siempre puedes elegir hacer lo correcto. Somos libres para elegir. No permitan que sus vidas sean arrastradas por la corriente contaminada; no se dejen llevar como un tronco seco en un río de lodo. Siéntanse indignados, sin caer nunca en los halagos de la corrupción, que son persuasivos pero envenenados.

Recuerdo el testimonio de un joven como ustedes, Floribert Bwana Chui: hace 15 años, con tan solo veintiséis años de edad, fue asesinado en Goma por haber obstruido el paso de productos alimenticios en mal estado, que habrían dañado la salud de la gente. Podía haberlo ignorado, no lo habrían descubierto e incluso se habría beneficiado. Pero, como cristiano, rezó, pensó en los demás y eligió ser honesto, diciendo “no” a la suciedad de la corrupción. Esto significa mantener las manos limpias, mientras que las manos que trafican con dinero se manchan de sangre. Si alguno te intentara sobornar, te prometiera favores y riquezas, no caigas en la trampa, no dejes que te engañen, no permitas que te engulla la ciénaga del mal. No te dejes vencer por el mal, no creas en las tramas oscuras del dinero, que te hundirán en las tinieblas. Ser honestos es resplandecer en el día, es difundir la luz de Dios, es vivir la bienaventuranza de la justicia: vence al mal, haciendo el bien.

Hemos llegado al cuarto dedo, el anular. En él se ponen los anillos nupciales. Pero, si lo piensan, el anular es también el dedo más débil, el que cuesta más trabajo levantar. Nos recuerda que las grandes metas de la vida, el amor en primer lugar, pasan a través de la fragilidad, el esfuerzo y las dificultades. Estos deben vivirse, afrontarse con paciencia y confianza, sin abrumarse por problemas inútiles, como por ejemplo transformar el valor simbólico de la dote en un precio casi de mercado. Pero, en nuestra fragilidad, en las crisis, ¿cuál es la fuerza que nos permite seguir adelante? El perdón. Porque perdonar quiere decir saber empezar de nuevo. Perdonar no significa olvidar el pasado, sino no resignarse a que se repita. Es cambiar el curso de la historia. Es levantar al que ha caído. Es aceptar la idea de que nadie es perfecto y que no sólo yo, sino que todos tienen el derecho de empezar de nuevo. Amigos, para crear un futuro nuevo necesitamos

dar y recibir perdón. Esto es lo que hace el cristiano: no ama sólo a aquellos que lo aman, sino que sabe detener con el perdón la espiral de las venganzas personales y tribales. Pienso en el beato Isidoro Bakanja, vuestro hermano, que fue torturado durante mucho tiempo porque no había renunciado a dar testimonio de su piedad y había propuesto el cristianismo a otros jóvenes. No cedió nunca a sentimientos de odio y al dar la vida, perdonó a su verdugo. El que perdona lleva a Jesús también allí donde no lo acogen, introduce el amor donde el amor es rechazado. El que perdona construye el futuro. Pero, ¿cómo conseguir esta capacidad de perdonar? Dejándonos perdonar por Dios. Cada vez que nos confesamos somos nosotros los primeros en recibir esa fuerza que cambia la historia. Dios nos perdona siempre, siempre y de forma gratuita. Y también a nosotros se nos dice, como está escrito en el Evangelio: «Ve, y procede tú de la misma manera» (Lc 10,37). Sigue adelante dejando el rencor, sin vengarte ni odio. Sigue adelante haciendo tuyo el estilo de Dios, el único que renueva la historia. Sigue adelante y cree que con Dios siempre se puede empezar de nuevo, siempre se puede perdonar.

Oración, comunidad, honestidad, perdón. Hemos llegado al último dedo, el más pequeño. Tú podrías decir, soy poca cosa y el bien que puedo hacer es una gota en el mar. Pero es precisamente la pequeñez, el hacerse pequeño, lo que atrae a Dios. La palabra clave en este sentido es servicio. El que sirve se hace pequeño. Como una semilla minúscula, parece que desaparece en la tierra y, sin embargo, da fruto. Según nos dice Jesús, el servicio es el poder que transforma el mundo. Por eso, la pequeña pregunta que puedes atarte al dedo cada día es: ¿qué puedo hacer yo por los demás? Es decir, ¿cómo puedo servir a la Iglesia, a mi comunidad, a mi país? Olivier nos dijo que en algunas regiones aisladas son los catequistas los que sirven cotidianamente a las comunidades de fe y que esto en la Iglesia debe ser “una tarea de todos”. Es verdad, y es hermoso servir a los demás, hacerse cargo, hacer algo gratuitamente, como lo hace Dios con nosotros. Yo quisiera agradecerles, queridos catequistas,



porque para muchas comunidades ustedes son vitales como el agua; hánganlas crecer siempre con la limpieza de su oración y de su servicio. Servir no es permanecer con los brazos cruzados; es ponerse en movimiento. Muchos se movilizan porque son atraídos por su propio interés; ustedes no tengan miedo de movilizarse por el bien, de invertir en el bien, en el anuncio del Evangelio, preparándose de manera apasionada y adecuada, dando vida a proyectos organizados, de largo alcance. No tengan miedo de hacer oír sus voces, porque no sólo el futuro, sino también el presente está en sus manos. Sitúense en el centro del presente.

Amigos, les he dejado cinco consejos para distinguir las prioridades entre todas esas voces persuasivas que circulan. En la vida, como en el tránsito urbano, frecuentemente el desorden crea atascos y bloques inútiles, que hacen perder tiempo y energías, y alimentan la rabia. Nos hace bien, en cambio, aun en la confusión, tener en el corazón y en la vida puntos fijos, direcciones estables, para dar comienzo a un futuro distinto, sin perseguir los vientos del oportunismo. Queridos amigos, jóvenes y catequistas, les agradezco lo que hacen y lo que son, su entusiasmo, su luz y su esperanza. Quisiera decirles una última cosa: no se desanimen nunca. Jesús cree en ustedes y no los dejará solos. La alegría que tienen hoy cuídenla y no dejen que se apague. Como decía Floribert a sus amigos cuando tenían baja la moral: “Toma el Evangelio y léelo. Te consolará, te dará alegría”. Salgan juntos del pesimismo que paraliza. La República Democrática del Congo espera de sus manos un futuro distinto, porque el futuro está en sus manos. Que su país vuelva a ser, gracias a ustedes, un jardín fraterno, el corazón de paz y de libertad de África. Gracias.

## El Papa Francisco durante su viaje apostólico a la República Democrática del Congo

En la tarde del jueves 2 de febrero, el Papa Francisco presidió un encuentro de oración con los sacerdotes, los diáconos, los religiosos —mujeres y hombres— y los seminaristas de la República Democrática del Congo, que tuvo lugar en la catedral de Kinsasa. Desde la nunciatura apostólica, su residencia en esta primera parte del viaje africano, el Pontífice llegó al templo dedicado a Notre Dame du Congo en la zona de Lingwala. En la presencia de cerca de 5 mil personas, entre los que encontraron sitio dentro y los que lo siguieron desde la zona preparada fuera de la iglesia, el rito en la fiesta de la Presentación del Señor, Jornada mundial de la vida consagrada, se escucharon los cantos y la lectura en francés del pasaje del Evangelio de Lucas (2, 22-40: «Han visto mis ojos tu salvación»), conocido como «Nunc dimittis» o Cántico de Simeón. Después del saludo dirigido por el cardenal arzobispo Ambongo y los testimonios de un sacerdote, una monja y un estudiante del seminario, el Obispo de Roma pronunció el discurso que publicamos a continuación.



La reflexión del Pontífice en la fiesta de la Presentación del Señor

# No funcionarios de lo sagrado sino testigos y profetas de paz

Queridos hermanos sacerdotes, diáconos y seminaristas, queridas consagradas, queridos consagrados: buenas tardes y feliz fiesta.

Me alegra encontrarme con ustedes precisamente hoy, en la fiesta de la Presentación del Señor, día en el cual rezamos de modo especial por la vida consagrada. Todos, como Simeón, esperamos la luz del Señor para que ilumine las oscuridades de nuestra vida y, más aún, todos deseáramos vivir la misma experiencia que él hizo en el Templo de Jerusalén: tomar en brazos a Jesús. Tomarlo en brazos, para poder tenerlo ante los ojos y cerca del corazón. De ese modo, poniendo a Jesús en el centro nos cambia la perspectiva sobre la vida y, aun en medio de trabajos y fatigas, nos sentimos envueltos por su luz, consolados por su Espíritu, animados por su Palabra, sostenidos por su amor.

Digo esto pensando en las palabras de bienvenida pronunciadas por el cardenal Ambongo, las cuales agradezco. Ha hablado de los «enormes desafíos» que se deben afrontar para vivir el compromiso sacerdotal y religioso en esta tierra marcada por «condiciones difíciles y frecuentemente peligrosas», tierra de tanto sufrimiento. Y, sin embargo, como señalaba, también hay mucha alegría en el servicio del Evangelio y son numerosas las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Ahí está la abundancia de la gracia de Dios, que actúa precisamente en la debilidad (cf. 2 Co 12,9) y que los hace capaces, junto a los fieles laicos, de generar esperanza en las circunstancias muchas veces dolorosas, de nuestro pueblo.

Es la fidelidad de Dios la que nos da certeza de que nos acompaña incluso en las dificultades. Él, por medio del profeta Isaías, dice: «Pondré un camino en el desierto y ríos en la estepa» (43,19). He pensado proponerles algunas reflexiones que nacen, precisamente, de estas palabras de Isaías. Dios abre sus caminos en nuestros desiertos y nosotros, ministros ordenados y personas consagradas, estamos llamados a ser signo de esta promesa y a realizarla en la historia del Pueblo santo de Dios. Pero, concretamente, ¿a qué se nos llama? A servir al pueblo como testigos del amor de Dios. Isaías nos ayuda a comprender de qué

manera.

Por boca del profeta, el Señor llega a su pueblo en un momento dramático, mientras los israelitas habían sido deportados a Babilonia y reducidos a la esclavitud. Movido por la compasión, Dios quiere consolarlos. Esta parte del libro de Isaías, efectivamente, es conocida como el «Libro de la consolación», porque el Señor dirige a su pueblo palabras de esperanza y promesas de salvación. Y lo primero que hace es recordar el vínculo de amor que lo une a su pueblo: «No temas, porque yo te he redimido, te he llamado por tu nombre, tú me perteneces. Si cruzas por las aguas, yo estaré contigo, y los ríos no te anegarán; si caminas por el fuego, no te quemarás, y las llamas no te abrasarán» (43,1-2). De ese modo, el Señor se revela como Dios de la compasión y nos asegura que nunca nos dejará solos, siempre estará a nuestro lado, siendo refugio y fortaleza en las dificultades. Dios es compasivo. Los tres nombres de Dios, los tres rasgos de Dios son misericordia, compasión y ternura. Porque todos estos nos acercan a Dios: un Dios cercano, compasivo y tierno.

Queridos sacerdotes y diáconos, consagradas y consagrados, seminaristas: a través de ustedes el Señor también hoy quiere unguir a su pueblo con el aceite de la consolación y de la esperanza. Y ustedes están llamados a ser eco de esta promesa de Dios; a recordar que Él nos ha formado y a Él le pertenecemos, a animar la senda de la comunidad; y a acompañarla en la fe al encuentro de Aquel que ya camina junto a nosotros. Dios no permite que las aguas nos sumerjan, ni que el fuego nos abrase. Sintámonos portadores de este anuncio en medio de los sufrimientos de la gente. Esto es lo que significa ser servidores del pueblo: sacerdotes, religiosas, misioneros que han experimentado la alegría del encuentro liberador con Jesús y la ofrecen a los demás. Recordemos que, si vivimos para «servir» del pueblo en vez de «servir» al pueblo, el sacerdocio y la vida consagrada se vuelven estériles. No se trata de un trabajo para ganar dinero o tener una posición social, ni tampoco para resolver la situación de la familia de origen, sino que se trata de ser signos de la presencia de Cristo, de su amor incon-

dicional; del perdón con el que quiere reconciliarnos; de la compasión con la que quiere hacerse cargo de los pobres. Nosotros fuimos llamados para ofrecer la vida por los hermanos y las hermanas, llevándoles a Jesús, el único que cura las heridas del corazón.

Para vivir de ese modo nuestra vocación siempre tendremos desafíos que afrontar, tentaciones que vencer. Quisiera brevemente detenerme sobre estos tres: la mediocridad espiritual, la comodidad mundana, la superficialidad.

Ante todo, vencer la mediocridad espiritual. ¿Cómo? La Presentación del Señor, que en el Oriente cristiano se llama la «fiesta del encuentro», nos recuerda cuál es la prioridad de nuestra vida: el encuentro con el Señor, especialmente en la oración personal, porque la relación con Él es el fundamento de nuestra acción. No olvidemos que el secreto de todo está en la oración, porque el ministerio y el apostolado no son, en primer término, obra nuestra y no dependen sólo de los medios humanos. Y ustedes me dirán: sí, es verdad, pero los compromisos, las urgencias pastorales, los esfuerzos apostólicos, el cansancio amenazan con no dejarnos ni tiempo ni energías suficientes para la oración. Por eso quisiera compartir algunos consejos: en primer lugar, seamos fieles a ciertos ritmos litúrgicos de oración que acompañan la jornada, desde la Misa al breviario. La celebración eucarística cotidiana es el corazón palpitante de la vida sacerdotal y religiosa. La Liturgia de las Horas nos permite rezar con la Iglesia y de forma regular; no la descuidemos nunca. Y tampoco olvidemos la Confesión; siempre necesitamos ser perdonados para poder ofrecer misericordia. Otro consejo: como sabemos, no podemos limitarnos a la mera recitación protocolaria de las oraciones, sino que es necesario reservar cada día un tiempo intenso de oración, para estar con el Señor, corazón con corazón. Un momento prolongado de adoración, de meditación de la Palabra, el santo Rosario; un encuentro íntimo con Aquel que amamos sobre todas las cosas. Además, cuando estamos en plena actividad, recurramos también a la oración del corazón, a breves «jaculatorias» —son un tesoro, las jacula-

torias—, palabras de alabanza, de agradecimiento y de invocación que podemos repetir al Señor en cualquier lugar donde nos encontremos. La oración nos hace salir del yo, nos abre a Dios, nos vuelve a poner en pie porque nos pone en sus manos; crea en nosotros el espacio para experimentar la cercanía de Dios, para que su Palabra nos sea familiar y, a través de nosotros, lo sea a todos los que encontramos. Sin la oración no se va lejos. Finalmente, para superar la mediocridad espiritual, no nos cansemos nunca de invocar a la Virgen María, —es nuestra Madre— y de aprender de ella a contemplar y seguir a Jesús. El segundo desafío es vencer la tentación de la comodidad mundana, de una vida cómoda, en la que se tienen las cosas más o menos resueltas y se sigue adelante por inercia, buscando nuestro confort y dejándonos llevar sin entusiasmo. Pero de este modo se pierde el corazón de la misión, que es salir de los territorios del yo para ir hacia los hermanos y las hermanas ejercitando, en nombre de Dios, el arte de la cercanía. Hay un gran riesgo ligado a la mundanidad, especialmente en un contexto de pobreza y sufrimiento: el de aprovecharse del papel que tenemos para satisfacer nuestras necesidades y nuestras comodidades. Es triste, muy triste cuando nos replegamos en nosotros mismos, convirtiéndonos en fríos burócratas del espíritu. Entonces, en vez de servir al Evangelio, nos preocupamos de gestionar las finanzas y de llevar adelante algún negocio que nos resulte ventajoso. Hermanos y hermanas, es escandaloso cuando esto sucede en la vida de un sacerdote o de un religioso, que, por el contrario, deberían ser modelos de sobriedad y de libertad interior. En cambio, qué hermoso es mantenerse rectos en las intenciones y libres de preocupaciones con el dinero, abrazando con alegría la pobreza evangélica y trabajando junto a los pobres. Y qué hermoso es ser signos luminosos de disponibilidad total al Reino de Dios, viviendo el celibato. No permitamos que esos vicios, los cuales quisieramos arrancar de los demás y de la sociedad, se encuentren bien arraigados en nosotros. Por favor, estemos alerta a la comodidad mundana.

Por último, el tercer desafío es vencer la tentación de la superfi-

cialidad. Dado que el Pueblo de Dios espera ser alcanzado y consolado por la Palabra del Señor, se necesitan sacerdotes y religiosos preparados, formados, apasionados por el Evangelio. Se ha puesto un don en nuestras manos y, de nuestra parte, sería presuntuoso pensar que podemos vivir la misión a la que Dios nos ha llamado sin trabajar cada día en nosotros mismos y sin formarnos de forma adecuada, tanto en la vida espiritual como en la preparación teológica. La gente no necesita funcionarios de lo sagrado o profesionales distantes del pueblo. Estamos obligados a entrar en el corazón del misterio cristiano, a profundizar la doctrina, a estudiar y meditar la Palabra de Dios; y al mismo tiempo a permanecer abiertos a las inquietudes de nuestro tiempo, a las preguntas cada vez más complejas de nuestra época, para poder comprender la vida y las exigencias de las personas; para entender de qué manera tomarlas de la mano y acompañarlas. Por eso, la formación del clero no es opcional. Lo digo a los seminaristas, pero vale para todos: la formación es un camino que debe continuar siempre y para toda la vida. Se llama formación permanente: formación siempre, para toda la vida.

Si queremos servir al pueblo como testigos del amor de Dios, hay que afrontar estos desafíos de los que les he hablado, porque el servicio es eficaz sólo si pasa a través del testimonio. No olviden esta palabra: el testimonio. De hecho, después de haber pronunciado las palabras de consolación, el Señor dice por medio de Isaías: «¿Quién de entre ellos había anunciado estas cosas? ¿Quién nos predijo lo que sucedió en el pasado? Ustedes son mis testigos» (43,9-10). Testigos, porque para ser buenos sacerdotes, diáconos, consagradas y consagrados no son suficientes las palabras y las intenciones; lo que realmente cuenta es la vida misma, la propia vida. Queridos hermanos y hermanas, mirándolos a ustedes doy gracias a Dios, porque son signos de la presencia de Jesús que pasa por los caminos de este país y toca la vida de la gente, las heridas de su carne. Pero todavía se necesitan jóvenes que les digan «sí» al Señor, más sacerdotes y religiosos que dejen transparentar su belleza con la propia vida. En sus testi-

monios me recordaron cuán difícil es vivir la misión en una tierra tan rica de bellezas naturales y recursos, pero herida por la explotación, la corrupción, la violencia y la injusticia. Hablaron también de la parábola del buen samaritano; es Jesús que pasa por nuestros caminos y, especialmente a través de su Iglesia, se detiene y se hace cargo de las heridas de los oprimidos. Queridos hermanos y hermanas, el ministerio al que están llamados es precisamente este: ofrecer cercanía y consolación, como una luz siempre encendida en medio de la oscuridad. Aprendamos del Señor, que siempre está cerca. Y para ser hermanos y hermanas de todos, séanlo en primer lugar entre ustedes. Testigos de fraternidad, jamás en guerra; testigos de paz, aprendiendo a superar también las particularidades de cada cultura y origen étnico, para que, como afirmó Benedicto XVI al dirigirse a los sacerdotes africanos: «vuestro testimonio de vida pacífica, por encima de los confines tribales y raciales, puede tocar los corazones» (Exhort. ap. *Africae munus*, 108).

Un proverbio dice: «El viento no quiebra lo que sabe plegarse». La historia de muchos pueblos de este continente ha sido, por desgracia, plegada y plagada de heridas y de violencia, y por eso, si hay un deseo que nace del corazón, es el de no tener que hacerlo más; el de no tener que someterse más a la prepotencia de los más fuertes; el de no tener que bajar más la cabeza bajo el yugo de la injusticia. Pero podemos acoger las palabras del proverbio principalmente en sentido positivo: existe un plegarse que no es sinónimo de debilidad, de ser cobarde, sino de fortaleza; que significa ser flexibles, superando los rigorisimos; significa cultivar una humanidad dócil, que no se cierre en el odio y en el rencor; significa estar dispuestos a dejarnos cambiar, sin obstinarnos en nuestras propias ideas y posiciones. Si nos inclinamos ante Dios, con humildad, Él nos hará como Él, obreros de la misericordia. Cuando permanecemos dóciles en las manos de Dios, Él nos modela y hace de nosotros personas reconciliadas, que saben abrirse y dialogar, acoger y perdonar, poner ríos de paz en las áridas estepas de la violencia. Y, así, cuando soplan, impetuosos, los vientos de los conflictos y de las divisiones, estas personas no pueden ser quebrantadas, porque están llenas del amor de Dios. Sean ustedes también así, dóciles al Dios de la misericordia, sin jamás dejarse quebrantar por los vientos de las divisiones.

Hermanos y hermanas, gracias de corazón, por lo que son y lo que hacen; gracias por el testimonio que dan a la Iglesia y al mundo. No se desanimen, los necesitamos. Ustedes son valiosos, importantes, se lo digo en nombre de toda la Iglesia. Deseo que sean siempre canales del consuelo del Señor y testigos gozosos del Evangelio; profecía de paz en las espirales de la violencia; discípulos del Amor dispuestos a curar las heridas de los pobres y de los que sufren. Muchas gracias, hermanas y hermanos, gracias una vez más por su servicio y por su celo pastoral. Los bendigo y los llevo en el corazón. Y ustedes, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.



Lo pidió el Papa en el Ángelus en la vigilia del viaje en la República Democrática del Congo y Sudán del Sur

# En oración por las dos naciones africanas probadas por largos conflictos, explotación y violencias

Sin demora se encuentren caminos de paz en Tierra Santa

Un invitación a rezar por el viaje en África que inició el martes fue dirigido por el Papa a los veinticinco mil fieles presentes en el Ángelus en la plaza de San Pedro y a los que le seguían a través de los medios. Asomándose a medio día desde la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico vaticano, antes de la oración mariana el Pontífice, como es habitual, había comentado el Evangelio, centrado en las Bienaventuranzas.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la Liturgia de hoy se proclaman las bienaventuranzas según el Evangelio de Mateo (cfr. Mt 5,1-12). La primera es fundamental y dice así: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (v. 3).

¿Quiénes son los “pobres de espíritu”? Son aquellos que saben que no se bastan consigo mismos, que no son autosuficientes, y viven como “mendicantes de Dios”: se sienten necesitados de Dios y reconocen que el bien viene de Él, como don, como gracia. Quien es pobre de espíritu atesora lo que recibe; por eso desea que ningún don se desperdicie. Hoy quisiera detenerme sobre este aspecto típico de los pobres de espíritu: no desperdiciar. Los pobres en espíritu buscan no desperdiciar nada. Jesús nos muestra la importancia de no desperdiciar, por ejemplo, después de la multiplicación de los panes y de los peces, cuando pide que se recoja la comida que ha sobrado para que nada se pierda (cfr. Jn 6,12). No desperdiciar nos permite apreciar el valor de nosotros mismos, de las personas y de las cosas. Pero lamentablemente es un principio a menudo desatendido, sobre todo en las sociedades más ricas, en las que domina la cultura del derroche y la cultura del descarte: ambas son una peste. Quisiera proponeros tres desafíos contra la mentalidad del derroche y del descarte. Primer desafío: no desperdiciar el don que nosotros somos. Cada uno de nosotros es un bien, independientemente de las cualidades que tiene. Cada mujer, cada hombre es rico no solo de talentos, sino de dignidad, es amado por Dios, vale, es valioso. Jesús nos recuerda que somos bienaventurados no por lo que tenemos, sino por lo que somos. Y cuando una persona se deja ir y se abandona, se desperdicia a sí misma. Luchemos, con la ayuda de Dios, contra la tentación de considerarnos inadecuados, equivocados, y de compadecernos a nosotros mismos.

Después, segundo desafío: no desperdiciar los dones que tenemos. Resulta que en el mundo cada año se desperdicia cerca de un ter-



cio de la producción total de alimentos. ¡Y esto mientras muchos mueren de hambre! Los recursos de la creación no se pueden usar así; los bienes deben ser custodiados y compartidos, de forma que a nadie le falte lo necesario. ¡No malgastemos lo que tenemos, difundamos una ecología de la justicia y de la caridad, del compartir!

Finalmente, tercer desafío: no descartar a las personas. La cultura del descarte dice: te uso hasta que me sirves; cuando ya no me intereses o seas un obstáculo para mí, te tiro. Y se tratan así especialmente a los más frágiles: los niños todavía no nacidos, los ancianos, los necesitados y los desfavorecidos. Pero las personas no se pueden tirar, ¡los desfavorecidos no se pueden tirar! Cada uno es un don sagrado, y cada uno es un don único, a cualquier edad y en cualquier condición. ¡Respetemos y promovamos la vida siempre! ¡No descartemos la vida!

Queridos hermanos y hermanas, planteémonos algunas preguntas. En primer lugar, ¿cómo vivo la pobreza de espíritu? ¿Sé hacer espacio a Dios, creo que Él es mi bien, mi verdadera y gran riqueza? ¿Creo que Él me ama o me dejo ir con tristeza, olvidando que soy un don? Y también: ¿estoy atento a no desperdiciar, soy responsable en el uso de las cosas, de los bienes? ¿Y estoy dispuesto a compartirlos con los otros o soy un egoísta? Finalmente: ¿considero a los más frágiles como dones valiosos que Dios me pide que custodie? ¿Me acuerdo de los pobres, de quién está privado de lo necesario?

Que nos ayude María, Mujer de las bienaventuranzas, a testimoniar la alegría de que la vida es un don y la belleza de hacernos don.

Después del Ángelus el Papa lanzó un doble llamamiento por la

paz: en Tierra Santa, donde una «espiral de muerte que aumenta cada día», y en el corredor de Lachin, en el Cáucaso Meridional, «por la grave situación humanitaria»; finalmente recordó la 70ª Jornada mundial de los enfermos de lepra y saludó a los fieles presentes, entre los cuales los chicos y las chicas de Acción Católica de Roma. Después de la lectura de un mensaje por parte de dos de ellos, asomados a su lado, Francisco invitó a rezar por el viaje a África.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Con gran dolor recibo las noticias que llegan desde Tierra Santa, en particular de la muerte de diez palestinos, entre los cuales una mujer, muertos durante las acciones militares israelíes de antiterrorismo en Palestina; y de lo sucedido cerca de Jerusalén el viernes por la noche, cuando un palestino mató a siete judíos israelíes y otro hirió a tres a la salida de la sinagoga. La espiral de muerte que aumenta cada día no hace otra cosa que cerrar los pocos destellos de confianza que hay

entre los dos pueblos. Desde el inicio del año decenas de palestinos han muerto en los tiroteos con el ejército israelí. Hago un llamamiento a los dos Gobiernos y a la Comunidad internacional, para que se encuentren, enseguida y sin demora, otros caminos, que incluyan el

derechos humanos en distintas partes del mundo. Expreso mi cercanía a los que la sufren y aliento al empeño por la plena integración de estos hermanos y hermanas nuestros.

Dirijo mi saludo a todos vosotros, venidos desde Italia y de otros países. Saludo al

Cada uno de nosotros es un bien, independientemente de las cualidades que tiene. Cada mujer, cada hombre es rico no solo de talentos, sino de dignidad, es amado por Dios, vale, es valioso. Jesús nos recuerda que somos bienaventurados no por lo que tenemos, sino por lo que somos

diálogo y la búsqueda sincera de la paz. ¡Receмо por esto, hermanos y hermanas! Renuevo mi llamamiento por la grave situación humanitaria en el corredor de Lachin, en el Cáucaso Meridional. Estoy cerca de todos aquellos que, en pleno invierno, están obligados a hacer frente a estas condiciones deshumanas. Es necesario realizar todo esfuerzo a nivel internacional para encontrar soluciones pacíficas por el bien de las personas.

Se celebra hoy la 70ª Jornada mundial de los enfermos de lepra. Lamentablemente, el estigma vinculado a esta enfermedad sigue provocando graves violaciones de los

grupo de quinceañeras de Panamá y a los estudiantes de Badajoz, en España. Saludo a los peregrinos de Moiano y Monteleone de Orvieto, a los de Acqui Terme y a los chicos del grupo Agesci Cercola Primo.

¡Y ahora con gran afecto saludo a los chicos y las chicas de Acción Católica de la diócesis de Roma! Habéis venido en la “Caravana de la Paz”. Os doy las gracias por esta iniciativa, más valiosa este año porque, pensando en la martirizada Ucrania, nuestro esfuerzo y nuestra oración por la paz deben ser todavía más fuertes. Pensemos en Ucrania y receмо por el pueblo ucraniano, tan maltratado. Escuchemos ahora el mensaje que vuestros amigos, aquí junto a mí, nos leerán.

[Lectura del mensaje] Queridos hermanos y hermanas, pasado mañana partiré para un viaje apostólico en la República Democrática del Congo y en la República de Sudán del Sur. Doy las gracias a las autoridades civiles y a los obispos locales por las invitaciones y por los preparativos de estas visitas, saludo con afecto a esas queridas poblaciones que me esperan.

Esas tierras están probadas por largos conflictos: la República Democrática del Congo sufre, sobre todo en el este del país, por los enfrentamientos armados y por la explotación; mientras que Sudán del Sur, desgarrado por años de guerra, no ve la hora de que terminen las violencias constantes que obligan a tantas personas a vivir desplazadas y en condiciones de gran penuria. A Sudán del Sur llegará con el arzobispo de Canterbury y el moderador de la Asamblea General de la Iglesia de Escocia: viviremos así juntos, como hermanos, una peregrinación ecuménica de paz.

Os pido a todos, por favor, que me acompañéis en este viaje con la oración. Y os deseo a todos un feliz domingo.

Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

## La oración en el video mensual del Papa Parroquias con puertas abiertas

«Las parroquias deben ser comunidades cercanas, sin burocracia, centradas en las personas y donde encontrar el regalo de los sacramentos»: este es el deseo expresado por Francisco - como intención para el mes de febrero - en el video difundido por la Red mundial de oración del Papa. Mientras en la breve grabación pasan imágenes de iglesias parroquiales de todos los continentes -desde la típica estructura arquitectónica de América del Sur hasta pasar a las asiáticas, europeas y africanas- el Pontífice pide una mayor apertura a la acogida por parte de las comunidades. «A veces pienso -subraya- que deberíamos poner en las parroquias, en la puerta, un cartel que diga “Entrada libre”».

Después, mientras se ven escenas de vida cotidiana en la parroquia -con celebración de la misa, administración de los sacramentos, desarrollo de encuentros y de procesiones- el Papa lanza una invitación: «Tienen que volver a ser escuelas de servicio y generosidad, con sus puertas siempre abiertas a los excluidos. Y a los incluidos».

A todos». De aquí la exhortación a no hacer «un club para pocos, que dan una cierta pertenencia social». Francisco pide ser audaces y replantearnos «el estilo de nuestras comunidades parroquiales».



Y también de rezar para que estas, «poniendo la comunión, la comunión de la gente, la comunión eclesial, en el centro, sean cada vez más comunidades de fe, de fraternidad y de acogida a los más necesitados».

Difundido a través de la página web [www.thepopevideo.org](http://www.thepopevideo.org), la grabación en 23 lenguas y con una cobertura mediática en 114 países es creado y producido por la Red mundial de oración en colaboración con la agencia La Machi y el Dicasterio para la comunicación.

Carta de los cardenales Grech y Hollerich a los obispos de todo el mundo

# Escuchar al otro para una plena sinodalidad

En las Iglesias continentales «resuena de nuevo y con mayor fuerza la voz de las Iglesias particulares» para crecer más en un estilo sinodal de Iglesia, Pueblo de Dios y pastores, «fidelidad a la Palabra de Dios y a la Tradición». Lo desean los cardenales Mario Grech y Jean-Claude Hollerich en una carta sobre el rol del obispo en el proceso sinodal con fecha del 26 de enero y difundida el lunes 30. Publicamos el texto español del documento enviado a los prelatos de todo el mundo por el secretario general del Sínodo y del arzobispo de Luxemburgo que es relator general de la asamblea sinodal.

Muy queridos Hermanos, como sabéis, una vez concluida la fase de consulta «en las Iglesias particulares», el proceso del Sínodo 2021-2024 prevé la celebración de las Asambleas Continentales. Con vistas a esta etapa, nos dirigimos a todos vosotros, que en vuestras Iglesias particulares sois principio y fundamento de la unidad del santo Pueblo de Dios (cf. LG 23). Lo hacemos en nombre de la responsabilidad común del proceso sinodal en curso como Obispos de la Iglesia de Cristo: no hay ejercicio de la sinodalidad eclesial sin ejercicio de la colegialidad episcopal. La constitución apostólica *Episcopalis communio* nos recuerda que «cada obispo posee simultánea e inseparablemente la responsabilidad por la Iglesia particular confiada a sus cuidados pastorales y la preocupación por la Iglesia universal» (EC, n. 2). Hacer posible el ejercicio de esta última ha sido la razón de ser del Sínodo de los Obispos desde su creación. Con gran clarividencia, en su propio documento fundacional, la *Apostolica Sollicitudo*, san Pablo VI afirma que el Sínodo, «como toda institución humana, con el paso del tiempo puede perfeccionarse aún más». Es lo que estamos viviendo ahora: la *Episcopalis communio*, lejos de debilitar una institución episcopal, en el momento en que pone de relieve el carácter procesual del Sínodo, hace aún más crucial el papel de los Pastores y su participación en las diversas fases. Gracias, pues, por todo lo que cada uno de vosotros ha hecho hasta ahora al servicio del Sínodo 2021-2024, haciendo posible la consulta al Pueblo de Dios en las Iglesias particulares y el discernimiento en los Sínodos/Consejos de las Iglesias *sui iuris* y en las Conferencias Episcopales.

En vísperas de las Asambleas Continentales, sentimos la urgencia de participar en algunas reflexiones para una comprensión compartida del proceso sinodal, de su marcha y del sentido de la etapa que estamos viviendo. De hecho, hay quienes presumen de saber ya cuáles serán las conclusiones de la Asamblea sinodal. Otros querían imponer un orden del día al Sínodo, con la intención de dirigir el debate y condicionar sus resultados. Sin embargo, el tema que el Papa ha asignado a la XVI Asam-

blea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos es claro: «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión». Este es, por tanto, el único tema que estamos llamados a explorar en cada una de las fases del proceso. Las expectativas para el Sínodo 2021-2024 son muchas y variadas, pero no es tarea de la Asamblea abordar todas las cuestiones en torno a las cuales se de-



bate en la Iglesia. Quien pretenda imponer algún tema al Sínodo olvida la lógica que rige el proceso sinodal: estamos llamados a trazar un «camino común» a partir de la contribución de todos. Es incluso superfluo recordar que la constitución apostólica *Episcopalis communio* transformó el Sínodo de acontecimiento en proceso, articulado en etapas. Esto significa que desde su solemne apertura, el 10 de octubre de 2021 en San Pedro, el Sínodo ha ido abordando y desarrollando el tema asignado, primero en la fase de consulta al Pueblo de Dios, después en el discernimiento de los Pastores en los Sínodos/Consejos de las Iglesias *sui iuris* y en las Conferencias Episcopales, y ahora en las Asambleas Continentales. Precisamente por la vinculación entre las distintas fases, no se pueden introducir abruptamente otros temas, instrumentalizando la Asamblea y prescindiendo de la consulta al Pueblo de Dios. Que en la primera fase de la escucha los límites del tema no estuvieran tan definidos puede comprenderse, también por la novedad del método y la dificultad de comprender y reconocer que todo el «Pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo» (LG, n. 12). Pero esta incertidumbre ha disminuido en las etapas posteriores. Lo demuestra el tenor de las síntesis enviadas por los Sínodos/Consejos de las Iglesias *sui iuris* y por las Conferencias Episcopales a la Secretaría del Sínodo, fruto del discernimiento de los pastores sobre las aportaciones de la consulta al Pueblo de Dios. A partir de estas síntesis, se redactó el Documento de Trabajo para la Etapa Continental (DEC), en el que resuena claramente la voz de las Iglesias particulares.

La decisión de devolver el DEC a las Iglesias particulares, pidiendo a cada una que escuche la voz de las demás, que resuena a través de ese documento, relejendo así las etapas del proceso sinodal a un nivel de mayor conciencia, muestra hasta qué punto la única regla que nos hemos dado es permanecer a la escucha del Espíritu: «Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, donde todos -

Pueblo de Dios, Colegio Episcopal, Obispo de Roma se escuchan para oír la voz del Espíritu Santo» (Francisco, *Discurso para la conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 2015).

Los temas que propone el apostólico *Episcopalis communio* transformó el Sínodo de acontecimiento en proceso, articulado en etapas. Esto significa que desde su solemne apertura, el 10 de octubre de 2021 en San Pedro, el Sínodo ha ido abordando y desarrollando el tema asignado, primero en la fase de consulta al Pueblo de Dios, después en el discernimiento de los Pastores en los Sínodos/Consejos de las Iglesias *sui iuris* y por las Conferencias Episcopales, dejando entrever el rostro de una Iglesia que está aprendiendo a escuchar al Espíritu a través de la escucha recíproca. Será tarea de las Asambleas Continentales, a partir de las resonancias que la lectura del DEC habrá suscitado en cada Iglesia particular, identificar «cuáles son las prioridades, los temas recurrentes y las llamadas a la acción que pueden ser compartidos con las demás Iglesias locales del mundo y discutidos durante la Primera Sesión de la Asamblea Sinodal en octubre de 2023» (DEC, n. 106). Por eso confiamos en que en las Asambleas continentales resuene de nuevo y con mayor fuerza la voz de las Iglesias particulares, a través de la síntesis realizada por los Sínodos/Consejos de las Iglesias *sui iuris* y las Conferencias Episcopales nacionales. Cuanto más crezcamos en un estilo sinodal de Iglesia, más aprenderemos todos los miembros del Pueblo de Dios -fieles y Pastores- a *sentire cum Ecclesia*, en fidelidad a la Palabra de Dios y a la Tradición. Por otra parte, ¿cómo podríamos abordar cuestiones puntuales, a menudo divisivas, sin haber respondido antes a la gran pregunta que interroga a la Iglesia desde el Concilio Vaticano II: «Iglesia, ¿qué dices de ti misma?». El largo cami-

no de acogida del Concilio nos lleva a decir que la respuesta está en la Iglesia «constitutivamente sinodal», donde todos están llamados a ejercer su propio carisma eclesial con vistas a realizar la misión común de evangelización.

El actual proceso sinodal nos está mostrando cómo esto es posible. En virtud de su participación en la función profética de Cristo, el

santo Pueblo de Dios es objeto del proceso sinodal a través de la consulta que cada Obispo lleva a cabo en su Iglesia: de este modo, en efecto, se puede escuchar verdaderamente «a la totalidad de los fieles que, tienen la unción del Santo (cf. 1 Jn 2, 20 y 27), no puede equivocarse cuando cree» (LG, n. 12). El Colegio de los Obispos, que es, «junto con su Cabeza, el Romano Pontífice, y nunca sin esta Cabeza, es también sujeto de la suprema y plena potestad so-

bre la Iglesia universal» (LG, n. 22), participa en el proceso sinodal tanto cuando cada Obispo inicia, guía y concluye la consulta al Pueblo de Dios que le ha sido confiada, como en las etapas sucesivas, cuando los Obispos ejercen juntos su carisma de discernimiento, en los Sínodos/Consejos de las Iglesias *sui iuris* y en las Conferencias Episcopales, en las Asambleas continentales y, de forma particular, en la Asamblea del Sínodo. Por analogía con el Concilio Ecueménico, es prerrogativa del Obispo de Roma, «principio y fundamento perpetuo y visible de unidad así de los Obispos como de la multitud de los fieles» (LG, n. 23), convocar, presidir y confirmar las Asambleas sinodales.

Ya en esta primera fase del proceso sinodal hemos podido ver cómo cada uno ha desempeñado su tarea, respetando el papel y la contribución de los demás. Se trata de proseguir por este camino, sin confundir la sinodalidad con un mero método, sino asumiéndola como la forma de la Iglesia y el estilo de llevar a cabo la misión común de evangelización. El ministerio de los pastores se hace así aún más decisivo para el camino del Pueblo santo de Dios. Estamos convencidos de que, a lo largo de este camino, el Espíritu, que guía el camino de la Iglesia, nos permitirá experimentar cómo «el Sínodo de los Obispos, representando al episcopado católico, se transforma en expresión de la colegialidad episcopal dentro de una Iglesia toda sinodal» (Francisco, *Discurso*

para la conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos, 2015).

La etapa continental podrá ayudarnos a comprender esta visión si, como Colegio Episcopal, estamos unidos en la búsqueda de los caminos que ayuden a la Iglesia a ser «sacramento de unidad», es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los Obispos» (SC, n. 26). Además, la participación en el proceso sinodal nos permitirá reforzar esa unión colegial que «se manifiesta también en las mutuas relaciones de cada Obispo con las Iglesias particulares y con la Iglesia universal» (LG, n. 23). Es cierto que todos los obispos «rigiendo bien la propia Iglesia como porción de la Iglesia universal, contribuyen eficazmente al bien de todo el Cuerpo místico, que es también el cuerpo de las Iglesias» (LG, n. 23), también es verdad que estamos llamados, todos juntos *cum et sub Petro*, a representar «a toda la Iglesia en el vínculo de la paz, del amor y de la unidad» (LG, n. 23). Qué mejor manera que «caminar juntos», con la certeza de que «el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio» (Francisco, *Discurso para la conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 2015). In Christo

+ Mario Grech Cardenal Secretario General del Sínodo  
+ Jean Claude Hollerich Cardenal Arzobispo de Luxemburgo Relator General del Sínodo

El Pontífice a los sacerdotes de la archidiócesis de Barcelona comprometidos en la pastoral juvenil

## No dar lecciones sino testimoniar misericordia

Publicamos el texto del saludo entregado por el Papa durante la audiencia, el sábado por la mañana 28 de enero, en la Sala Clementina, a los sacerdotes de la archidiócesis de Barcelona comprometidos con la pastoral juvenil



Queridos hermanos, gracias por sus palabras, es para mí un gran gozo acogerles hoy aquí, en esta atmósfera de alegría y celebración en la que el clero en torno a su Pastor viene a la casa de Pedro para reafirmar su comunión y relanzar su espíritu apostólico. La experiencia de los apóstoles siempre tiene un doble aspecto, personal y comunitario.

Van juntos y no podemos separarlos. Somos, sí, llamados individualmente, pero siempre para ser parte de un grupo más grande, caminar juntos escuchando antes de hablar, saber colocarnos según conveniga, también en medio y atrás, no sólo delante.

Jesús nos llama desde nuestra pobreza, desde nuestra fragilidad, debemos responder a esa llamada con un propósito permanente de conversión. Rechazar el carrerismo, la doble vida, la búsqueda de satisfacciones mundanas, abrazando la cruz, las mediaciones de la Iglesia: sacramentos, vida

de oración, ascesis, etc. Al mismo tiempo, ser capaces de misericordia precisamente porque tocados por la misericordia del Señor, no dando lecciones sino testimoniando una experiencia de intimidad con Dios.

Buscar la fraternidad en todos los ambientes sociales, aprender y enseñar a acoger a todos, a trabajar con todos, a buscar soluciones de consenso que tengan un amplio respiro.

No enrocarnos nunca, ni en el grupo cristiano al que pertenecemos, ni en la responsabilidad que se nos confió, vivir con un espíritu libre, en sana indiferencia. Que el Señor los bendiga y la Virgen Santa les cuide, y no se olviden de rezar por mí.

El discurso del Papa a la Rota romana

# Redescubrir el matrimonio como vínculo habitado por el amor de Dios

«Es necesario redescubrir la realidad permanente del matrimonio como vínculo»: una «palabra a veces vista con sospecha, como si fuera una imposición externa, un peso, una "lazo"», pero que sin embargo debe ser comprendida «como vínculo de amor, entonces se revela como el núcleo del sacramento nupcial. Lo subrayó el Papa Francisco en el discurso dirigido al Colegio de los prelados auditores de la Rota romana, recibidos en audiencia la mañana del viernes 27 de enero, en la Sala Clementina, con ocasión de la inauguración del año judicial.

¡Queridos prelados auditores!

Doy las gracias al decano por sus corteses palabras y os saludo cordialmente a vosotros y a todos aquellos que desarrollan funciones en la administración de la justicia en el Tribunal Apostólico de la Rota Romana. Renuevo mi aprecio por vuestro trabajo al servicio de la Iglesia y de los fieles, sobre todo en el ámbito de los procesos sobre el matrimonio. ¡Hacéis mucho bien con esto!

Hoy quisiera compartir con vosotros algunas reflexiones sobre el matrimonio, porque en la Iglesia y en el mundo hay una fuerte necesidad de redescubrir el significado y el valor de la unión conyugal entre hombre y mujer sobre el que se funda la familia. De hecho, un aspecto ciertamente no secundario de la crisis que golpea a tantas familias es la ignorancia práctica, personal y colectiva, sobre el matrimonio.

La Iglesia ha recibido de su Señor la misión de anunciar la Buena Noticia y esta ilumina y sostiene también ese "misterio grande" que es el amor conyugal y familiar. La Iglesia entera puede llamarse una gran familia, y de forma totalmente particular a través de la vida de aquellos que forman una iglesia doméstica recibe y transmite la luz de Cristo y de su Evangelio en el ámbito familiar. «De la misma manera que el Hijo del hombre no "ha venido" a ser servido sino "a servir" (Mt 20,28), la Iglesia considera el servicio a la familia uno de sus componentes esenciales. En tal sentido, tanto el hombre como la familia constituyen "el camino de la Iglesia"» (S. Juan Pablo II, *Carta a las familias*, 2 de febrero de 1994, 2).

El evangelio de la familia se refiere al diseño divino de la creación del hombre y de la mujer, es decir al "principio", según la palabra de Jesús: «No habéis leído que el Creador, desde el comienzo, lo hizo varón y hembra, y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne? Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre» (Mt 19,4-6). Y este ser una sola carne se incluye en el diseño divino de la redención. San Pablo escribe: «Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia» (Ef 5,32). Y San Juan Pablo II comenta: «Cristo renueva el designio primitivo que el Creador ha inscrito en el corazón del hombre y de la mujer, y en la celebración del sacramento del matrimonio ofrece un "corazón nuevo": de este modo los cónyuges no sólo pueden superar la "dureza de corazón" (Mt 19, 8), sino que también y principalmente pueden compartir el

amor pleno y definitivo de Cristo, nueva y eterna Alianza hecha carne» (Exhort. ap. *Familiaris consortio*, 22 noviembre 1981, 20).

El matrimonio según la Revelación cristiana no es una ceremonia o un evento social, ni una formalidad; no es ni siquiera un ideal abstracto: es una realidad con su precisa consistencia, no «mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24 noviembre 2013, 66).

Nos podemos preguntar: ¿cómo es posible que suceda una unión tan comprometida entre el hombre y la mujer, una unión fiel y para siempre de la cual nace una nueva familia? ¿Cómo es posible esto, teniendo en cuenta los límites y la fragilidad de los seres humanos? Conviene que nos planteemos estas preguntas y que nos dejemos asombrar ante la realidad del matrimonio.

Jesús nos da una respuesta sencilla y al mismo tiempo profunda: «Lo que Dios ha unido no lo separa el hombre» (Mt 19,6). «Es el mismo Dios el autor del matrimonio», como afirma el Concilio Vaticano II (cfr *Const. past. Gaudium et spes*, 48), y eso se puede entender referido a cada unión conyugal. De hecho, los esposos dan vida a su unión, con el libre consentimiento, pero solo el Espíritu Santo tiene el poder de hacer de un hombre y de una mujer una sola existencia. Además, «el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio» (ibid., 48). Todo esto nos lleva a reconocer que cada matrimonio verdadero, también el no sacramental, es un don de Dios a los cónyuges. ¡El matrimonio siempre es un don! La fidelidad conyugal se apoya sobre la fidelidad divina. El hombre y la mujer están llamados a acoger este don y corresponderse libremente con el recíproco don de sí.

Esta bella visión puede parecer utópica, en cuanto que parece no tener en cuenta la fragilidad humana, la inconstancia del amor. La indisolubilidad a menudo es concebida como un ideal, y tiende a prevalecer la mentalidad según la cual el matrimonio dura hasta que hay amor. ¿Pero de qué amor se trata? También aquí a menudo hay inconsciencia del verdadero amor conyugal, reducido al plano sentimental o a meras satisfacciones egoístas. Sin embargo, el amor matrimonial es inseparable del matrimonio mismo, en el que el amor humano, frágil y limitado, se encuentra con el amor divino, siempre fiel y misericordioso. Me pregunto: ¿puede haber un amor "debido"? La respuesta se encuentra en el mandamiento del amor, así como Cristo lo dijo: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13,34). Podemos aplicar este mandamiento al amor conyugal, también este don de Dios. Se puede cumplir este mandamiento porque Él mismo es quien sostiene a los cónyuges con su gracia: "como yo

os he amado, amaos así". Se trata de un don confiado a su libertad con sus límites y sus caídas, por lo que el amor entre marido y mujer necesita continuamente purificación y maduración, comprensión y perdón recíproco. Esto último quiero subrayarlo: las crisis escondidas no se resuelven en la ocultación, sino en el perdón recíproco.

El matrimonio no debe ser idealizado, como si este existiera solamente donde no hay problemas. El diseño de Dios, siendo puesto en nuestras manos, se realiza siempre de forma imperfecta, y sin embargo «la presencia del Señor habita en la familia real y concreta, con todos sus sufrimientos, luchas, alegrías e intentos cotidianos. Cuando se vive en familia, allí es difícil fingir y mentir, no podemos mostrar

una máscara. Si el amor anima esa autenticidad, el Señor reina allí con su gozo y su paz. La espiritualidad del amor familiar está hecha de miles de gestos reales y concretos. En esa variedad de dones y de encuentros que maduran la comunión, Dios tiene su morada. Esa entrega asocia a la vez "lo humano y lo divino", porque está llena del amor de Dios. En definitiva, la espiritualidad matrimonial es una espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino» (Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 19 marzo 2016, 315).

Es necesario redescubrir la realidad permanente del matrimonio como vínculo. Esta palabra es a veces vista con recelo, como si se tratara de una imposición externa, de un peso, de un "lazo" en oposición a la autenticidad y li-



bertad del amor. Sin embargo, el vínculo es comprendido como unión de amor, entonces se revela como el núcleo del matrimonio, como don divino que es fuente de verdadera libertad y que custodia la vida matrimonial. En este sentido, «la pastoral prematrimonial y la pastoral matrimonial deben ser ante todo una pastoral del vínculo, donde se aporten elementos que ayuden tanto a madurar el amor como a superar los momentos duros. Estos aportes no son únicamente convicciones doctrinales, ni siquiera pueden reducirse a los preciosos recursos espiritua-

les que siempre ofrece la Iglesia, sino que también deben ser caminos prácticos, consejos bien encarnados, tácticas tomadas de la experiencia, orientaciones psicológicas» (ibid., 211).

Queridos hermanos y hermanas, hemos evidenciado que el matrimonio, don de Dios, no es un ideal o una formalidad, sino que el matrimonio, donde de Dios, es una realidad, con su precisa consistencia. Ahora quisiera subrayar ¡que esto es un bien! Un bien extraordinario, un bien de extraordinario valor para todos: para los mismos cónyuges, para sus hijos, para todas las familias con las que entran en relación, para toda la Iglesia, para toda la humanidad. Es un bien que se difunde, que atrae a los jóvenes a responder con alegría a la vocación matrimonial, que conforta y anima continuamente a los esposos, que lleva tantos y diferentes frutos en la comunión eclesial y en la sociedad civil.

En la economía cristiana de la salvación el matrimonio es ante todo el camino principal hacia la santidad de los mismos esposos, una santidad vivida en la vida cotidiana: este es un aspecto esencial del Evangelio de la familia. Es significativo que hoy la Iglesia proponga algunos matrimonios como ejemplos de santidad; y pienso también en los innumerables esposos que se santifican y edifican la Iglesia con esa santidad que he llamado «la santidad de la puerta de al lado» (cfr Exhort. ap. *Gaudete et exultate*, 19 marzo 2018, 4-6).

Entre los muchos desafíos que afectan a la pastoral familiar para afrontar los problemas, las heridas y los sufrimientos de todos, pienso ahora en los matrimonios en crisis. La Iglesia, tanto los pastores como los demás fieles, los acompaña con amor y esperanza, tratando de sostenerlos. La respuesta pastoral de la Iglesia pretende transmitir de forma vital el Evangelio de la familia. En este sentido, un recurso fundamental para afrontar y superar las crisis es renovar la conciencia del don recibido en el sacramento del matrimonio, don irrevocable, fuente de gracia con la que siempre podemos contar. En la complejidad de las situaciones concretas, que a veces requieren la colaboración de las ciencias humanas, esta luz sobre el matrimonio es parte esencial del camino de reconciliación. Así la fragilidad, que permanece siempre y acompaña también la vida conyugal, no conducirá a la ruptura, gracias a la fuerza del Espíritu Santo.

Queridos hermanos y hermanas, alimentemos siempre en nosotros el espíritu de reconocimiento y gratitud al Señor por sus dones; y así podremos también ayudar a los otros a nutrirlo en las diferentes situaciones de su vida. Nos lo conceda Nuestra Señora, Virgen fiel y Madre de la Divina Gracia. Invoco los dones del Espíritu Santo sobre vuestro servicio a la verdad del matrimonio. Os bendigo de corazón. Y os pido por favor que recéis por mí. Gracias.

## A una delegación ecuménica de la Finlandia por la fiesta de san Enrique La guerra siempre es una derrota

«La guerra siempre es una derrota, siempre... Somos hijos reconciliados y por tanto estamos llamados a reconciliarnos siempre entre nosotros, y a ser operadores de reconciliación en el mundo». Lo dijo el Papa Francisco a una delegación ecuménica de Finlandia recibida en audiencia, con ocasión de la fiesta de san Enrique, en la mañana del jueves 19 de enero en la Biblioteca privada del Palacio apostólico. Estaban presentes el cardenal Kurt Koch y el obispo Brian Farrell, presidente y secretario del Dicasterio para la promoción de la unidad de los cristianos.

¡Queridas hermanas, queridos hermanos!

Una calurosa bienvenida a todos vosotros, miembros de la Delegación ecuménica de Finlandia. Gracias porque este año habéis venido a Roma para celebrar la fiesta de san Enrique con una acentuación aún más ecuménica: me alegra mucho acoger representantes no solo luteranos y católicos, sino también ortodoxos y metodistas. Querida hermana, le agradezco sus cordiales palabras y el pésame expresado por la muerte de mi predecesor Benedicto XVI. También agradezco la sugestión que ha evocado a través de la imagen del Mar Báltico, fuente de vida amenazada por la acción del hombre, lugar de encuentro dolorosamente afectado del clima de enfrentamiento causado por la feroz insensatez de la guerra. La guerra siempre es una derrota, siempre.

Me gusta sobre todo retomar lo que ha dicho a propósito de las aguas, que a nosotros cristianos nos recuerdan al don de la reconciliación recibido en el Bautismo. Hace poco hemos celebrado el Bautismo del Señor. El Hijo de Dios, sumergiéndose en las aguas del Jordán al inicio de su ministerio público, manifestó la voluntad de sumergirse completamente en nuestra condición humana. Y nosotros, bautizados en Cristo, por pura gracia hemos sido sumergidos en Él: por eso nos llamamos y somos hijos de Dios a su imagen, hermanos y hermanas entre nosotros. Habiendo recibido el único Bautismo, como creyentes estamos por tanto llamados sobre todo a dar gracias porque, a partir de las aguas del Bautismo, nuestra existencia ha sido reconciliada con Dios, con los otros, con la creación. Somos hijos reconciliados y por tanto estamos llamados a reconciliarnos cada vez más entre nosotros, y a ser operadores de reconciliación en el mundo.

Es hermoso ver todo esto en la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. En ella, recitando juntos el Credo niceno-constantinopolitano, profesamos «un solo bautismo para el perdón de los pecados», pero este año reflexionamos también sobre algunas palabras tomadas del libro del profeta Isaías: «Aprended a hacer el bien, buscad lo justo» (Is 1,17). Sentimos así el eco de nuestro Bautismo que nos llama, en cuanto justificados por gracia, a realizar con gratitud obras de justicia, a practicar gestos concretos de cercanía a los que son víctimas de injusticias, descarte, de varias formas de

opresión y sobre todo de guerras. Como testigos de la fe en Cristo, que se ha sumergido en la fragilidad de nuestra condición humana, debemos sumergirnos en las heridas de los necesitados. Y hacerlo juntos.

En la comunidad de todos los bautizados, sabemos estar unidos entre nosotros, aquí y ahora, con cada hermana y hermano en Cristo, pero también a nuestras madres y nuestros padres de la fe que han vivido antes que nosotros. Desde la comunión perfecta del Cielo nos miran y nos invitan a caminar juntos en esa tierra. San Enrique, testigo de la fe, mensajero de esperanza e instrumento de caridad, es uno de ellos. Con él celebramos la comunión ecuménica de todos los santos, conocidos y desconocidos, renacidos a nueva vida a partir de las aguas del Bautismo. Por tanto, podemos abrazar al mismo tiempo con la mirada la gracia ordinaria del Bautismo y el objetivo de la vida eterna; la fuente de vida que en tierra nos ha hecho hijos del Cielo y el Cielo donde los santos nos esperan y nos animan. En todo reconocemos cuán grande es la unidad que nos une y cuán importante es rezar juntos, trabajar asiduamente y dialogar intensamente para superar las divisiones y ser, según la voluntad del Señor, una cosa sola en la comunión trinitaria, para que el mundo crea (cfr Jn 17,21). Ciertamente somos conscientes de esto, pero solo la conciencia no basta. Es necesario alimentar una verdadera pasión, una pasión que brota del amor por la comunión, del deseo de superar el contra-testimonio dado por las laceraciones históricas entre los cristianos, que han herido tanto la unidad del Cuerpo de Cristo. Es necesario, hoy sobre todo, un celo ardiente por la evangelización, porque anunciando juntos nos descubrimos hermanos y hermanas; y porque nos damos cuenta de que no se puede difundir dignamente el nombre de Jesús, nacido, muerto y resucitado por todos, sin testimoniar la belleza de la unidad, signo distintivo de sus discípulos.

Queridos, al renovar el reconocimiento por vuestra visita anual, siempre esperada y agradable, quisiera hoy pedir con vosotros el don de esta pasión ardiente para no cansarnos de amar, de esperar, de buscar a los alejados, de quemar dentro del deseo de anunciar a Jesús y de edificar la unidad que Él tanto desea. Pidamos el don de un renovado celo apostólico, que nos haga redescubrir cada vez a los otros creyentes como nuestros hermanos y hermanas en Cristo, que nos haga sentir apóstoles reconciliados por Dios para reconciliarnos entre nosotros y convertirnos en artífices de reconciliación para el mundo. Por eso quisiera invitarnos ahora a recitar juntos el Padre Nuestro, la oración de los hijos que, mejor que cualquier otra, manifiesta la realidad de nuestro Bautismo. Podemos rezarla cada uno en nuestra propia lengua, pero juntos: los unos con los otros y los unos por los otros. [Oración del Padre Nuestro]

En la audiencia a los miembros del OPAM el Papa reitera el llamamiento de la «Populorum progressio»

# No puede haber desarrollo humano integral sin educación

No puede haber desarrollo sin educación: lo reiteró el Papa en el discurso a los voluntarios de la Obra de Promoción de la Alfabetización del Mundo (OPAM) recibidos en audiencia el lunes 23 de enero, en la Sala Clementina.

Queridos amigos del OPAM, ¡buenos días y bienvenidos todos!

Doy las gracias al presidente por el saludo dirigido en nombre de todos vosotros. Es significativo el hecho de que tú, Don Robert, seas antes que nada un testigo, porque cuando eras niño has podido estudiar gracias a la ayuda de la OPAM. No podías imaginar que un día estarías en Roma dirigiendo esta obra... ¡Son las sorpresas de Dios! Pero Dios quiere tener necesidad de nuestra solidaridad.

Hace poco habéis celebrado los 50 años de cuando Don Carlo Muratore dio vida a este servicio, porque, en su experiencia misionera, se había dado cuenta de que una parte esencial de la evangelización y de la promoción humana es la educación. Eran los años en los que Pablo VI escribió la encíclica *Populorum progressio*, indicando en términos claros el desarrollo como vía de la paz. Y no puede haber desarrollo humano integral sin educación. Damos gracias a Dios por el celo apostólico de Don Carlo, por su gran corazón y su mente abierta. Como también por su sucesor Don Aldo Martini, que ha guiado la Obra durante veinte años, aceptando las solicitudes que venían de la realidad histórica y del magisterio de la Iglesia. Y el mismo agradecimiento va para los colaboradores y para los numerosos voluntarios y simpatizantes, que en estos 50 años han permitido a la OPAM realizar y llevar adelante miles de proyectos y adopciones a distancia en más de ochenta países.

Deseo retomar el llamamiento de la *Populorum progressio*. Cuando releemos estos grandes documentos pontificios de los años sesenta - lo mismo vale para la *Pacem in terris* de san Juan XXIII - nos damos cuenta de cuánto son actuales y de cuánto, lamentablemente, ¡su mensaje todavía no ha sido percibido! Sí, de palabra, muchos han expresado consentimientos, pero de hecho el modelo de desarrollo no ha cambiado, hasta hoy. Lo que significa que, a pesar de las muchas y generosas obras de solidaridad realizadas a nivel civil y eclesial, las causas del subdesarrollo no han sido eliminadas. Bien, vuestro trabajo apunta precisamente a eliminar una de las causas del subdesarrollo, que es precisamente el analfabetismo. Escribió Pablo VI: «La educación básica es el primer objetivo de un plan de desarrollo. Efectivamente el hambre de instrucción no es menos deprimente que el hambre de alimentos» (n. 35). De hecho, he visto que en vuestro logo está escrito: OPAM - Pan de la educación. Sí, es así. Y el Papa añadía: «Nos alegramos del gran trabajo realiza-

do en este dominio por las iniciativas privadas, los poderes públicos y las organizaciones internacionales: son los primeros artífices del desarrollo, al capacitar al hombre a realizarlo por sí mismo» (ibid.). Así es, aquí está incluido vuestro trabajo. Ahora quisiera deciros: el «sueño» de la *Populorum progressio* es el mismo que el de la encíclica *Fratelli tutti*. Es el sueño de la Iglesia, o mejor, el sueño de Dios, que quiere un mundo en el que todos podamos vivir como hermanos y hermanas, en plena dignidad. Os doy las gracias porque con vuestro empeño cotidiano



cooperáis a realizar este sueño «de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras» (*Fratelli tutti*, 6). Cuando vosotros, en colaboración con tantos misioneros y misioneras que trabajan «en el campo», estudiáis y realizáis un proyecto educativo, o de apoyo escolar, o de las adopciones a distancias, vosotros contribuís a «gestar un mundo abierto» (ibid., 87), donde todos sean acompañados en el recorrido de sus vidas, no sólo para asegurar sus necesidades básicas, sino para que puedan dar lo mejor de sí» (ibid., 110). Por esto, queridos hermanos y

hermanas, ¡id adelante! Tratad de mantener alta la calidad de vuestra acción, para que siempre sea promocional. Alimentadla continuamente con la linfa del Evangelio, para que el Espíritu Santo tenga viva la inspiración, las motivaciones y el estilo de vuestro compromiso. La Virgen os acompañe y os done la alegría de «ir deprisa» al encuentro de tantas situaciones que necesitan ayuda. De corazón os bendigo a vosotros y a todos aquellos que de cualquier manera colaboran con la OPAM. Y os pido por favor que recéis por mí. ¡Gracias!

Audiencia a la comunidad del Pontificio Colegio Urbano «de Propaganda Fide»

## Sencillez y sinceridad para ser misioneros creíbles

Para ser «misioneros creíbles» no basta un hábito o una actitud externa: necesitamos «el coraje de ser auténticos», que brota de «un estilo de sencillez y de sinceridad». Lo recordó el Papa Francisco en el discurso dirigido a superiores y estudiantes del Pontificio Colegio Urbano «de Propaganda Fide», recibidos en audiencia la mañana del 21 de enero, en la Sala del Consistorio.

Queridos hermanos, queridas hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Doy las gracias al rector por sus palabras y saludo a los formadores y a todos vosotros estudiantes. Como alumnos del Colegio Urbano vosotros estáis dentro de un río vivo de una tradición rica y antigua, que empieza en 1627, año en el que el Papa Urbano VIII decidió fundar en Roma un seminario destinado a la formación del clero para los territorios llamados de «misión». Fue una intuición importante, que todavía hoy conserva su validez y que vosotros estáis llamados a acoger e interpretar de forma creativa, dejándoos interpelar por las muchas exigencias y preguntas del tiempo en el que vivimos. De hecho, toda la Iglesia está llamada hoy a una «conversión pastoral y misionera» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 25), también en la formación de los futuros presbíteros [1], y en esta perspectiva vosotros podéis ser de inspiración y de ayuda a muchos otros.

Este año, 400º aniversario de la fundación de la Congregación De Propaganda Fide, en vuestro camino estáis reflexionando sobre el tema de la relación viva y personal con Jesús como fuente espiritual de toda misión, inspirados en el lema: «Para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (*Mc* 3,13). Por eso quisiera detenerme brevemente con vosotros precisamente en este argumento. Podemos preguntarnos: ¿cuáles son las características más importantes de cuidar y reforzar en el tiempo de la formación inicial, para poder ser realmente discípulos-misioneros cercanos a Dios y a los hermanos?

La primera característica que quisiera evidenciar es la valentía de la autenticidad, la valentía de ser auténticos. De hecho, nuestra cercanía a Dios y a los hermanos se realiza y se refuerza en la medida en la que tenemos la valentía de despojarnos de las máscaras que llevamos, quizá para aparentar ser perfectos, impecables y serviles, o simplemente mejores. Las máscaras no sirven, queridos hermanos, ¡no sirven! Presentémonos a los otros sin panta-

llas, por lo que somos, con nuestros límites y nuestras contradicciones, ganando el miedo de ser juzgados porque no correspondemos a un modelo ideal, que a menudo existe solo en nuestra mente. Cultivemos «la sinceridad y la humildad de corazón, que nos permiten mirar con honestidad nuestras fragilidades y nuestra pobreza interior» (*Angelus*, 23 de octubre 2022). Recordemos que somos misioneros creíbles no por un hábito que se lleva o por actitudes exteriores, sino más bien por el estilo de sencillez y de sinceridad. Esto es transparencia. La credibilidad reconocida a Jesús por la gente que lo encontraba (cfr *Mc* 1,22) venía de la armonía que se veía en Él entre lo que anunciaba y lo que hacía. Armonía y coherencia. Por tanto, por favor, no tengáis miedo de mostraros por lo que sois, sobre todo

siera señalaros es la capacidad de salir de sí mismos. La vida de fe es un continuo «éxodo», una salida de nuestros esquemas mentales, del recinto de nuestros miedos, de las pequeñas certezas que nos tranquilizan. De otra manera corremos el riesgo de adorar a un Dios que es solo una proyección de nuestras necesidades, y por tanto un «ídolo», y de no vivir encuentros auténticos ni siquiera con los otros. Sin embargo, nos hace bien aceptar el riesgo de salir de nosotros mismos, como hicieron Abraham, Moisés y los pescadores de Galilea llamados a seguir al Maestro (cfr *Mc* 1,16-20).

Y vosotros tenéis la oportunidad de hacerlo en este momento en la vida de comunidad, especialmente en una comunidad formativa rica y variada como la vuestra, con tantas culturas, lenguas y sensibilidades. Es un don gran-

Finalmente quisiera también subrayar una última característica del discípulo-misionero: la apertura al diálogo. En primer lugar al diálogo con Dios, en la oración, que es también un éxodo de nuestro yo para acogerle a Él, mientras habla en nosotros y escucha nuestra voz. Y después al diálogo fraterno, en una apertura radical al otro. San Juan Pablo II nos enseñó que el diálogo debe ser el estilo propio del misionero (*Enc. Redemptoris missio*, 55-56). Y Jesús nos lo ha mostrado haciéndose hombre, abrazando los dramas, las preguntas y las expectativas de la humanidad sufriente y que busca paz. Queridos hermanos, el mundo necesita diálogo, necesita paz. Y necesita hombres y mujeres que sean testimonio de ello. Os exhorto a seguir el ejemplo de esos «mártires del diálogo» que, también en algunos de vuestros



a aquellos hermanos mayores que la Iglesia os pone al lado como formadores. A veces puede venir la tentación del formalismo, o la fascinación del «rol», como si esto pudiera aseguraros una plena realización. No os dejéis engañar por estas soluciones, tan a mano, pero falsas. San John Henry Newman, exalumno de vuestro Colegio, hablando de la autenticidad advertía de la actitud de aquellos que «les gustaría actuar con dignidad y en cambio dejan de ser ellos mismos» [2]. La dignidad debe venir de vosotros mismos. Recordemos que entre el fariseo, que rezaba «delante de sí mismo», y el publicano que no tenía ni siquiera la valentía de levantar la mirada, solo este último «bajó a su casa justificado» (*Lc* 18,14).

Una segunda característica que qui-

de, este, del que podéis ser enriquecidos en la medida en la que cada uno logra salir del propio recinto para abrirse a los otros, a su mundo y a su cultura. Por esto os animo a vivir sin miedo el desafío de la fraternidad, también cuando requiere fatigas y renunciaciones. Nuestro mundo y también la Iglesia necesitan testimonios de fraternidad: que vosotros podáis ser así, ya ahora y después cuando volváis a vuestras diócesis y en vuestros países, a menudo marcados por divisiones y conflictos. Y también testimonios de alegría: «La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera» (*Evangelii gaudium*, 21); «la alegría misionera» que «siempre tiene la dinámica del éxodo y del don» (ibid.); la alegría del don.

países, han recorrido con valentía este camino para ser constructores de paz. No tengáis miedo de recorrerla también vosotros hasta el fondo, yendo contracorriente y compartiendo a Jesús, comunicando la fe que Él os ha donado (cfr Exhort. ap. *Christus vivit*, 176).

Queridos hermanos, queridas hermanas, la intercesión de María nuestra Madre y de tantos ex alumnos santos y beatos os acompañen en este camino. De corazón os bendigo y os llevo en la oración. Y también vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias! [1] Congregación por la Educación Católica, *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, 19 marzo 1985, Introducción, n. 3.

[2] *Parochial and Plain Sermons*, Vol. V, n. 3.

El Pontífice a los participantes del capítulo general de la Soberana orden militar de Malta

# Cada vez más unidos y coherentes en el servicio a los pobres y a los enfermos

«Cada vez más unidos para dar testimonio de vuestra fe» en el servicio a los pobres y a los enfermos. Es el mandato encomendado a los participantes del capítulo general de la Soberana orden militar de Malta, recibidos en audiencia la mañana del lunes 30 de enero, en la Sala del Consistorio. En los trabajos, que concluyeron el día anterior, participaron 11 miembros llegados de los cinco continentes.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Doy las gracias al cardenal Silvano Tomasi por sus corteses palabras, y acojo esta ocasión para manifestar mi gratitud por todo el trabajo realizado por él como mi delegado especial, junto al Grupo de Trabajo que lo ha acompañado en estos últimos años. Doy las gracias a Frey John Dunlap, Lugarteniente de Gran Maestre, por las expresiones de fidelidad y de esperanza que me ha dirigido en nombre de todos vosotros. Saludo con placer a los nuevos Altos Cargos y a los miembros del nuevo Consejo Soberano, elegido durante el Capítulo General que acabáis de concluir. De aquí retomáis con impulso renovado vuestro compromiso de tuitio fidei y obsequium pauperum, dando gratuitamente lo que habéis recibido y testimoniando que seguir a Cristo en el servicio a los pobres y a los enfermos es un camino que llena el alma. De hecho os permite encontrar al Señor en cada rostro de hermano necesitado, en cada mano que estrecháis en la acogida, en



cada circunstancia en la que revivís el ideal que el beato Gerardo, vuestro fundador, realizó donando su vida en el servicio de los «Pobres de Nuestro Señor».

Me alegró saber que las personas nombradas para el gobierno provisional el 3 de septiembre han encontrado la confianza de la gran mayoría de los capitulares. Ellos, provenientes de distintas realidades territoriales de los cinco continentes, expresaron satisfacción y confiaron en quienes «transportaron» a la Orden hacia este nuevo camino, para aplicar fielmente la nueva Carta Constitucional y el nuevo Código Melitense. También me alegra saber que ha habido una buena discusión sobre temas afrontados. La dialéctica ciertamente no

faltarán, pero, como os he escrito en el mensaje que os he dirigido al inicio del Capítulo General, el camino a seguir es el que nos viene directamente de Cristo: ut unum sint, hasta que el mundo crea (cfr Jn 17,21). Cada vez más unidos para dar testimonio de vuestra fe y de la pertenencia a la Orden; cada vez más coherentes con la cruz octogonal que con orgullo lleváis. Estoy seguro de que en la elección del Gran Maestre encontraréis una guía segura, garante de la unidad de toda la Orden, en la fidelidad al Sucesor de Pedro y a la Iglesia. En el Capítulo de los Profesos, que precedió al Capítulo General, respondiendo a mi invitación y a lo establecido en la Carta Constitucional y en el Código Melitense, habéis

abordado el tema de la reconstitución, según la inspiración original, de vida comunitaria y de la plena observancia del voto solemne de pobreza. También habéis evaluado concretamente las modalidades para el sostenimiento de la vida comunitaria y el compromiso que la Orden asume al respecto. ¡Por esto os felicito! Considero también adecuada y prudente la elección de no obligar a la vida comunitaria a quienes, al hacer su profesión, sabían que no estaban obligados, y afirmar al mismo tiempo que todos están invitados a abrazarla. Por tanto, los que hacen profesión solemne de ahora en adelante, conscientes de que esta conllevará la vida comunitaria, asumirán la obligación con plena libertad.

Agradezco la decisión de reabrir un noviciado y espero que pronto se agreguen más. Ruego al Señor, y os invito a todos a que lo hagáis conmigo, para enviar abundantes vocaciones a vuestra Orden, no sólo a la profesión religiosa, sino también a la segunda clase, primer colaborador de los profesos, y a la tercera clase. Para mantener vivas tantas obras meritorias, es necesario pedir al Señor que envíe «buenos obreros», suscitando vocaciones en todas las clases, especialmente a la profesión religiosa, que vive y expresa plenamente la vocación de la Orden de san Juan.

También habéis afrontado el tema de la formación inicial y permanente de los miembros, indicando algunas líneas que podrán favorecer la realización. En particular, es necesaria una formación adecuada de los profesos, como también de los caballeros de segunda clase, en el sentido concreto de la promesa de obediencia emitida. No se debe descuidar la formación de la tercera clase, de la cual espero puedan nacer sólidas vocaciones para las diferentes dimensiones de servicio en la Orden.

En el Capítulo General, mi Delegado Especial, el Lugarteniente de Gran Maestre y los Altos Cargos del gobierno provisional, cada uno en sus competencias, presentaron un informe detallado que os informaba sobre el estado de la Orden. Tanto las preguntas sobre los diversos temas, como las relativas respuestas, os permitirán continuar con un ímpetu cada vez más vivo en vuestra entrega a las numerosas obras

caritativas y humanitarias que realizáis con entusiasmo y fervor cristiano. De hecho, los informes de los Altos Cargos, que fueron aprobados casi por unanimidad, constituirán las líneas que el nuevo gobierno deberá seguir, por voluntad del Capítulo, dándoles aplicación concreta.

Queridos, quisiera detenerme brevemente sobre términos que califican vuestra Orden Soberana. Es una soberanía completamente única, asumida a lo largo de los siglos y confirmada por la voluntad de los Papas. Os permite realizar generosos y exigentes gestos de solidaridad, acercándoos a los más necesitados, bajo la tutela jurídica diplomática internacional.

Militar. Para la defensa de los peregrinos y de los lugares santos, así como del cristianismo, vuestra Orden ha escrito páginas gloriosas. Hoy, esos hechos dan paso al diálogo interreligioso. Además, la fe en Cristo y su seguimiento os comprometen a dar testimonio del Evangelio ya luchar contra todo lo que se le opone.

Hospitalario. La Orden tiene su origen en el servicio que el beato Gerardo ofreció a los peregrinos en Jerusalén, en el hospital que lleva el nombre de San Juan Bautista, que más tarde se convirtió en vuestro Patrono. En ese lugar Gerardo, con los primeros frailes, acogió a los peregrinos y a los necesitados, brindándoles también la atención médica que necesitaban, y esto se puede encontrar hoy en la pluralidad de vuestras obras. En el cuidado de los enfermos, sabéis reconocer el rostro sufriente de Cristo en cada uno de ellos, cualquiera que sea su origen, nacionalidad o creencia religiosa. Y luego, cuando os acercáis con compasión y ternura -estas son las tres modalidades del Señor: cercanía, cercanía, compasión y ternura- vosotros mismos os identificáis con Jesús, el Buen Pastor, el buen samaritano. No olvidemos esto: las obras deben estar bien organizadas y bien dirigidas, pero sobre todo deben ser signo de la caridad de Cristo, que es como la forma de todas las obras que debéis tener.

Queridos hermanos y hermanas, habéis escrito una página muy importante de la historia de la Orden de Malta, gracias, podéis estar orgullosos de ello. Os exhorto a permanecer fieles a Cristo, Maestro y Señor, a seguir adelante llevando en todo el mundo su mensaje de curación a los enfermos y de consuelo a los afligidos. Un día daremos cuenta de esto a Dios Padre: haber sido sus testigos fieles, cercanos al prójimo, no animados por aspiraciones mundanas, sino ardientes en el servicio y testimonio del Resucitado.

De corazón os bendigo a todos vosotros, vuestras familias, miembros, trabajadores, voluntarios, las personas a las que asistís y vuestras obras esparcidas por el mundo y en tantas periferias existenciales. Y os pido por favor: no os olvidéis de rezar por mí. ¡Este trabajo no es fácil! ¡Gracias!

Audiencia a los participantes a un congreso sobre la contribución femenina al diálogo interreligioso

## La mujer es camino hacia la paz

«La mujer es camino hacia la paz»: proponiendo un pasaje de la Declaración final del séptimo Congreso de los líderes de las religiones mundiales y tradicionales, en la que participó en Kazajistán el pasado mes de septiembre, el Papa Francisco se dirigió a los participantes del Congreso internacional «Mujeres que construyen una cultura del encuentro interreligioso» recibidos en audiencia la mañana del 26 de enero, en la Sala del Consistorio. A continuación su discurso.

Señor cardenal, miembros y consultores del Dicasterio para el Diálogo Interreligioso, señora presidenta de la unión mundial de las organizaciones femeninas católicas, queridos amigos, ¡buenos días!

Dirijo una calurosa bienvenida a todos vosotros, en particular a los relatores del Congreso «Mujeres que construyen una cultura del encuentro interreligioso». Os felicito por esta iniciativa.

No es un evento común que los fieles de doce religiones de todo el mundo se reúnan y discutan sobre estas cuestiones importantes sobre el encuentro y el diálogo para promover la paz y la comprensión en nuestro mundo herido. Y desde el momento en el que vuestro Congreso está dedicado a la escucha de

las experiencias y de las perspectivas de las mujeres, esto es aún más significativo. De hecho «[la paz] debe ser buscada implicando mayormente... la mujer».

Porque la mujer cuida y da vida al mundo: es camino hacia la paz» (Declaración final, VII Congress of the Leaders of World and Traditional Religions, Astana, 15 de septiembre 2022).

La Iglesia católica está comprometida en el diálogo interreligioso y

en la promoción de la comprensión y la cooperación entre los creyentes de diferentes tradiciones religiosas. Cada una de vuestras tradiciones, y cada una de vosotros personalmente, tiene una riqueza para ofrecer al mundo, para infundir en él un espíritu de acogida, de cuidado y de fraternidad.

Gran parte del presente Congreso está dirigido a redescubrir los aspectos femeninos de vuestras respectivas tradiciones religiosas y a

mostrar cómo contribuyen a una cultura del encuentro.

De hecho, «el sentarse a escuchar a otro, característico de un encuentro humano, es un paradigma de actitud receptiva, de quien supera el narcisismo y recibe al otro, le presta atención, lo acoge en el propio círculo» (Enc. Fratelli tutti, 48).

La actividad del encuentro y la apertura que esto requiere están volviéndose raras y su práctica es uno de los más grandes dones que podéis ofrecer a vuestras familias, a vuestras comunidades, a toda la sociedad.

Os animo a seguir esta importante colaboración, compartiendo conocimientos y experiencias prácticas. Estas os den fuerza y creatividad cuando, en vuestros contextos particulares, trabajáis para ofrecer asistencia a muchas personas, que buscan un alivio material del sufrimiento y más todavía un significado y un fin en la propia vida. Al respecto, os agradezco el empeño y los esfuerzos que realizáis para promover la dignidad de las mujeres y en particular de las jóvenes.

Os agradezco vuestra visita y de corazón os deseo todo bien para el importante trabajo de estos días. Dios os bendiga a vosotros, Dios bendiga vuestro trabajo, Dios bendiga a vuestros seres queridos.

